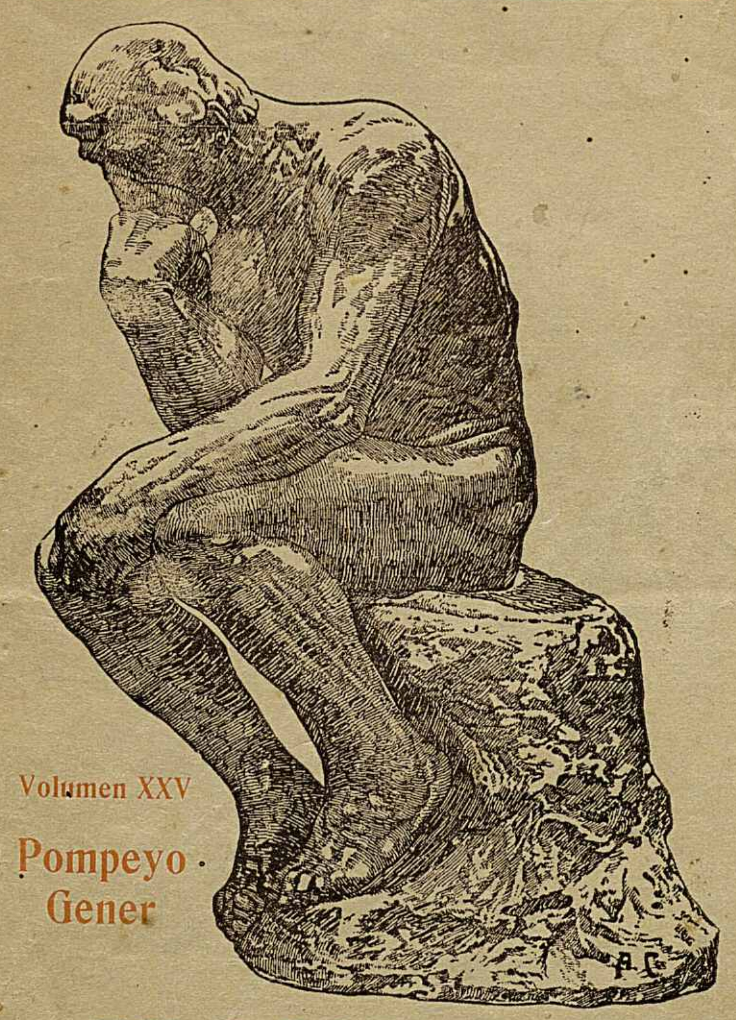
BIBLIOTECA POPULAR

LOS GRANDES PENSADORES



Volumen XXV

Pompeyo Gener

FILOSOFEMAS

BIBLIOTECA POPULAR

LOS GRANDES PENSADORES

POMPEYO GENER

FILOSOFEMAS

(Anotaciones de un pensador)

VOLUMEN XXV - TERCERA SERIE

CASA EDITORIAL
PUBLICACIONES DE LA «ESCUELA MODERNA»
CORTES, 478

DEDICATORIA

A la Sra. Doña María Guardiola y Caravent Vda.

¿A quién mejor que a vos, mi buena amiga del Intelecto, puedo dedicar este pequeño volumen de Filosofemas, *ya que de palabra y por escrito hemos departido tantas veces sobre tales asuntos?*

Aceptadlo, pues, como una leve prueba de la alta consideración y de afecto que os profesa vuestro mejor amigo del alma

pompeyo GENER

Barcelona 20 de abril de 1918.

BIOGRAFÍA

Imposible dar en esta breve nota una idea cabal de la compleja personalidad de Pompeyo Gener: de su producción abundantísima, de su significación en el campo de la lucha social moderna y de sus orientaciones filosóficas hacia un estado de vida superior.

Nació Pompeyo Gener en Barcelona el día 24 de junio de 1848. —Recordar la tradición heroica de su ascendencia, explicando que sus abuelos paternos fueron marinos de guerra desde los tiempos de Berenguer IV, y oriundos de la costa tarraconense (Cambrils, Salou, etc.), que su madre nació en Barbastro (Huesca), y que era hija del catalán rosellonés Antonio Babot y de la baronesa de Barbastro, es una de sus orgullosas entusiastas satisfacciones.— Estudió Pompeyo Gener, como su padre, la carrera de Farmacia, doctorándose en la misma, y obteniendo después, en Madrid, el título de doctor en ciencias naturales. En Paris, donde se estableció poco después, conoció y fué amigo de Víctor Hugo, Littré, Renan, Sarah Bernartd, etc., doctorándose en Medicina en 1878. Luego viajó por Holanda, Suiza y Alemania. En 1880 publicó su obra maestra *La mort et le Diable* (historia y filosofía de las dos negaciones supremas). Planteadas las cuestiones de tolerancia y de sectarismo, Gener, Estasen y Bartrina dieron algunas conferencias en el Ateneo Barcelonés que originaron encendidas protestas. Desde entonces Gener fué considerado por la juventud intelectual como campeón de las ideas nuevas.

Abominando, pero, de derechas e izquierdas, ha combatido todo espíritu de sectarismo y ha predicado el mutuo respeto entre los hombres de los más opuestos ideales. La conmovedora carta abierta que desde las páginas de *L'Avenç* dirigió en 1892 a su antiguo condiscípulo el Doctor Torras y Bages, es

un documento que debería servir de espejo a gran número de gentes faltas de todo espíritu de tolerancia.

A *La mort et le Diable* siguió la publicación de *Literaturas malsanas,* obra que, combatida despiadadamente por el crítico Leopoldo Alas (Clarín), motivó que nuestro biografiado publicase su contundente y celebérrimo opúsculo *El caso Clarín,* modelo curiosísimo de dialéctica y de humorismo.

Sus libros *Amigos y maestros, Heregías, Cosas de España, Inducciones* y sus estudios acerca de *Miguel Servet, Cyrano de Bergerac,* etc., dánle crédito de filósofo y de crítico personalísimo. Su actividad, no obstante, le ha permitido rebasar los límites extensos del libro. Ha sido uno de los primeros redactores de la *Revista Contemporánea;* ha colaborado en las principales ilustraciones y diarios y en *La Nación* de Buenos Aires, del cual ha sido corresponsal científico. Fundó en París la revista *Le Livre,* de la casa Quantin, y ha escrito asiduamente para las grandes publicaciones extranjeras. Presentes están sus campañas famosas en la revista catalana *Joventut,* en cuya redacción rejuveneciése y en la cual publicó cerca de un centenar de vibrantes artículos que en más de una ocasión removieron los espíritus dormidos de los cenáculos literarios. Además, ha publicado trabajos sobre la *Persia primitiva* y referentes al *Intel-lecte grec antic;* estudios y cantos languadocianos; fascículos arcaicos, novelas, dramas, sainetes, monólogos, sátiras...

En la obra titulada *Penseurs, philosophes et savants,* publicada en París, Londres y Munich, figuran treinta y cinco celebridades del último cuarto del siglo XIX, de las cuales sólo dos son españolas: Ramón y Cajal *(savant)* y Gener *(penseur).* Gener es miembro de la Sociedad Antropológica, de París y de otras muchas Sociedades francesas y belgas; fué delegado en la Exposición Internacional de Amsterdam en 1883; comisario de Barcelona y Baleares en la de París de 1889; delegado en varias asambleas políticas, etc., etc.

En los ágapes de los Juegos Florales, en los estrenos del Teatro Catalán, en todas las solemnidades literarias y en todos los cenáculos de la vida intelectual barcelonesa, se ha destacado siempre la presencia, a la vez preeminente y amable, del insustituíble y querido maestro Pompeyo Gener.

***

PRÓLOGO

Este libro que ahora entrego a los editores, hace ya tiempo que pensaba publicarlo con el título de *Cerebraciones conscientes,* por estar escrito en plena conciencia de lo que expongo, al manifestar mis ideas. Era un cuaderno en el cual iba apuntando todo lo que se me iba ocurriendo en materia de Filosofía, de Moral, de Justicia, de Religión, y aun de supersticiones populares.

En la cubierta de este cuaderno, para distinguirlo de otros, le había puesto *Anotaciones de un librepensador*. En los viajes, en las diversas residencias que he tenido en mi agitada vida, en él lo iba anotando todo: lo que la observación de los hombres, de las cosas, y en general de la naturaleza, me iba sugeriendo, y estas anotaciones, de ligeros apuntes, a veces, se iban agrandando en su transcripción hasta tomar el desarrollo de un artículo, o de algún trabajo de los que luego he utilizado para algún libro (1). Hablando sinceramente, el país que más apropiado me ha sido para pensar, ha sido Suiza, y en especial la francesa. En sus montañas he hallado la tranquilidad que no hallaba en las grandes ciudades. No hablemos de Barcelona, en la cual esto no es posible en manera alguna, mas ni en París mismo, donde uno puede aislarse y trabajar en su cuarto, de noche, las múltiples impresiones que ha recibido durante la jornada, le impiden el tener esa serenidad que necesita el pensador profundo. El título de *Filosofemas* con el mismo subtítulo que ya menciono en el cuaderno, se lo hemos puesto ahora, antes de darlo a la imprenta, pues lo que exponemos no son meras impresiones ni trabajos en los que predomine la imaginación en modo alguno, como en la novela, ni están escritos con un fin artístico como en el de sugerir sentimientos de belleza de forma, sino cuestiones de fondo, de fondo

(1) *Inducciones, Pensant y rient* y algún otro.

verdadero; o al menos que a nosotros nos lo haya parecido, puesto que lo de la Verdad, aun no se ha podido averiguar lo que es. Para un cristiano es el *Evangelio,* o lo que se supone que Jesucristo dijo; para un musulmán lo que en el *Korán* está escrito; para un *Yndo* el Código de *Manú;* para un hombre de Ciencia lo que es el resultado de sus experimentaciones; mas lo que podemos decir es que lo que en este libro exponemos está escrito con entera buena fe, o sea, con sinceridad, lo cual es la verdad nuestra, puesto que lo que escribimos es una parte de nuestra alma, tal vez la más esencial y la mejor parte de ella.

Así, caro lector, si en este libro encuentras algo provechoso para tu *Intelecto,* nos daremos por muy bien pagados de nuestra labor.

POMPEYO GENER

P. D. Antes de que conviertas en acción algunos de los asertos que están contenidos en estos *Filosofemas,* medítalo mucho y bien, y no lo hagas sin la razón suficiente, pensando en que yo puedo haberme equivocado de buena fe en lo que he escrito.

Barcelona 21 de abril de 1918.

EL EVANGELIO DE LA VIDA

PREFACIO

—

La Edad antigua fué la del Padre, la de la Creación.
Era de noche y el Cielo estaba cubierto de estrellas brillantes; la Tierra estaba a oscuras.
La Edad del Hijo ha sido la del Martirio, del Sufrimiento.
De noche el Cielo iluminaba tristemente la Creación con la claridad débil de la Luna.
La Edad del Espíritu Santo ha llegado; la Edad del goce sobre la Tierra.
Es de día y el Sol alumbra con vigor las cosas, mostrándose la esplendidez de la Vida.

. . . .

Cada Edad puede escribir su Evangelio. El Evangelio es continuo pues el Santo Espíritu se manifiesta hoy más fiel que nunca.

. . . .

Evangelio Eternal

¿Joaquín de Flora? ¿Fra Salimbene? ¿Juan de Parma? ¿Guillermo del Santo Amor?

SUEÑO

Soñé; y soñé que mi morada era un alcázar en una altura. Desde ella se dominaba el campo, y se veía a lo lejos una cordillera de montañas tapizadas de bosques y detrás de éstas otras, y otras, hasta perderse en ondulada línea violácea en el azul del horizonte. De estas sierras caían cascadas y nacían ríos. En la llanura cercana divisábanse jardines llenos de flores espléndidas, cuyos embriagadores perfumes subían hasta mi estancia. Era el mes de mayo.

Yo me encontraba en una de las habitaciones de este alcázar, un estudio, que era a la vez Biblioteca, laboratorio y Museo; las paredes estaban cubiertas de tapices flamencos, las

que no, lo estaban por talladas arquillas o armarios del Renacimiento conteniendo libros y objetos de arte. Cuadros, mayólicas, fayenzas, armas y trofeos llenaban las alturas de la estancia. Una galería volada corría alrededor de la cornisa. Veíanse por todas partes bronces, mármoles y estatuas de talla. En el suelo, alfombras persas, árabes y del Turquestán. Apoyados en los arrimaderos, ricos divanes cubiertos de bordados orientales. Grandes mesas con aparatos, libros, papeles, pergaminos, etc.; sillas, sillones y taburetes antiguos. Una grande esfera armilar, y otra terrestre, se levantaban en los extremos de la estancia. Por la parte que daba al precipicio, y sobre los cármenes, tenía esta sala unos altos ventanales con vidrieras de colores simbolizando las Ciencias, las Artes, el Amor, el esfuerzo humano, etc., etc. Como la temperatura era templada, las vidrieras estaban abiertas. Y yo, sentado en un rico sillón de dorados guadamaciles del Renacimiento, contemplaba la naturaleza extasiado. Era de noche; la luna brillaba; una de esas claras y serenas noches de mayo en que las estrellan parecen vivas y vibrantes en el profundo azul del cielo. Me incorporé para admirar mejor aquel sublime expectáculo. Abalanceme sobre el abismo, apoyado en el ajimez del ventanal, y, allá, a lo lejos, hacia la derecha, donde declinaban las montañas, divisé el mar, que brillaba como si fuera de plata.

De pronto me pareció que la Naturaleza, (que yo contemplaba como si fuera parada, fija, muerta), se animaba, vivía, palpitaba. Los campos se estremecían al soplo de la brisa. Las aguas se esparramaban amorosas, abrazándose a la tierra para penetrarla. Las montañas, unas, me pareció que crecían, mientras otras menguaban y se disolvían. El cielo, el espacio todo, parecíame formado de una substancia viviente. Las estrellas pestañeaban. Los árboles se balanceaban y gemían unos, mientras murmuraban otros. El viento cantaba. El mar formaba un ritmo, un acompañamiento cadencioso, con sus olas, a la universal canción. Y las cosas perdiendo su estado estático, y, casi diré su corporalidad particular, parecían fundirse en un inmenso todo armónico, o ser sólo accidentes del aspecto multiforme de Un solo Ser, del cual yo únicamente abarcaba una pequeña porción, ya fuera que mi mirada lo profundizara, se elevara o lo recorriera en diversos sentidos.

Y, lo que es más extraño, me parecía verlo más en mi interior que fuera de mí: al mirarle me hacía el efecto que miraba hacia adentro. Llegó un momento en que me pareció que El y yo éramos una sola cosa: o yo estaba en El, o El en mí, integralmente unidos. Lo que era, no es definible. No era macho ni era hembra; ni era viejo ni era joven; ni animal, ni planta, ni mineral; ni sólido, ni líquido, ni gaseoso; ni singular, ni plural; y era todo esto a un tiempo. Por más esfuerzos que hice nunca le ví por completo. Jamás abarqué de El más que una pequeñísima parte, y aun dudo que la comprendiera, pues jamás llegué a estar seguro de que fuera tal cual la veía. Me parecía verlo mejor con el sentimiento que con el cálculo. El análisis me alejaba de él, y sólo por el análisis podía definirlo un poco. Cuando me valía de los instrumentos científicos llamados de precisión, esta pequeñísima parte me parecía más real y más insondable, pues cuanto más la miraba más se me ensanchaba indefinidamente. Con el telescopio me aterraba el infinitamente grande. Con el microscopio, el infinitamente pequeño. Y aun otros infinitos, del tiempo, del espacio, del movimiento, de la forma, me desesperaban. Al agrandar la visión para comprenderle, o al concentrarla para fijarle y definirle se me desvanecía. Temí volverme loco. En medio de ansia tal, mi conciencia le interrogó, y me pareció que me respondía:

—¿Quién eres?...

—Soy—dijo.

—¿Quién? ¿Qué?

—No tengo nombre, porque los tengo todos. Ninguna lengua puede expresarme. Nadie puede definirme. *Soy incomprensible*. Sobre esa Tierra me llamaron El, en Babilonia; Brahma, en la India; Pan, en Grecia. Los Hebreos no me nombraban: sólo indicaban mi soplo, mi aliento. Los Escandinavos me llamaron Odin, Wothan, es decir, Movimiento, Fuerza, Acción. Los pueblos de ese diminutísimo planeta, átomo de mis manifestaciones, han personificado y adorado algunos aspectos parciales míos transitorios. Spinoza me llamó Todo. Los dogmáticos me han dado el nombre de El Eterno, el inefable, asignándome aún un resto de personalidad, cuando ésta es sólo la fijación momentánea de un momento mío. Así se asignan cualidades de finitud al infinito. Se me ha empe-

queñecido llamándome DIOS. Hoy me denominan como *Incognoscible,* pero esto no es más que una definición negativa, y aun no verdadera, pues se me puede conocer, mas no comprenderme. Soy *Incomprensible.* Soy *Indefinible.* No puedo caber en un lenguaje, ni en una inteligencia, pues *no tengo límites.*

Separándome y haciéndome distinto y causa de mis manifestaciones, se me ha llamado *Zeus,* Djaus piter, Demiurgos, *Dios Padre, Providencia.* Algunos han tratado de conocerme y han edificado una Ciencia sobre la palabra *Dios.* ¡Insensatos! No han visto que la Ciencia sólo puede basarse sobre relaciones observables de manifestaciones mías; trozos de serie de mi fuerza, de mi energía. Han querido hacer una Ciencia de lo que no puede ser sabido, y han retrasado la marcha de la inteligencia humana, de mi superior manifestación en el planeta Tierra, moviéndose en el vacío! ¡Comprenderme a mí mismo! ¡qué locura!

Los que me comprenden más, son los que no intentan comprenderme. ¡A Mí no se Me comprende! ¡Se Me siente!

Podrán comprenderse de Mí algunas manifestaciones, observando, experimentando, seriando, induciendo; y cada día más. Pero nunca Todo, ni el *en sí* de mi Ser: ¡eso, imposible! Si profundizas demasiado con la razón pura, llegarás a dudar de que exista.

Y, como un rumor lejano que viniera conducido por el Eter de los espacios siderales, creía oir: «...¡El Noumeno... un Nissus profundo ejerciéndose de toda Eternidad...!»—Y luego creí no haberlo oído, o haberlo oído imperfectamente en mí mismo.

Un vértigo se apoderó de mi cerebro. Cuanto más quería servirme de la razón, más me parecía que iba a perderla.

Por fin, haciendo un supremo esfuerzo, le pregunté:

«—¿Cuál, es, pues, tu esencia? ¿cuál tu manifestación más genuina?

—Mi esencia, ni tú ni nadie puede comprenderla ni aun conocerla. Comprender es abarcar, conocer es sentir adecuado: y tú, una de mis pequeñas manifestaciones momentáneas, no puedes ni abarcarme, ni sentirme de una manera perfecta por completo. Pero te indicaré la manifestación más esencial que de mí conocer puedes. Se llama Ser, Fuerza, Energía,

Movimiento, Existencia, Vida; y en sus modos superiores es Sentimiento, Conciencia, Pensamiento, Genio!

Como movimiento que soy, cambio continuamente de manifestaciones. Como Fuerza, soy sonido, luz, calor, electricidad, fuerza muscular, fuerza nerviosa, Voluntad, Intelecto, y gravitación, gravedad, atracción molecular, Amor y otras fuerzas que desconoces: unas que tú no puedes comprender, y otras que irás comprendiendo con el tiempo.

—¡Qué no puedo comprender! ¡qué iré comprendiendo!— murmuré atónito.

—Sí, —exclamó, como respondiéndome.— Eres limitado, mas cada día tus límites retroceden, sin desaparecer por eso nunca. Estudia, observa, analiza, experimenta. investiga, pero evita la debilidad de filosofar fuera de esto, es decir, más allá de tu propia profundidad. Y los productos que obtengas, regístralos a beneficio de inventario. Que tu Filosofía sea el resultado de todos tus conocimientos rectificados, y que ésta sea una filosofía de fluxión, de movilidad, de rectificación continua. Ha de ser como una cota de malla, a la vez sólida y elástica, que modele al exterior las formas de las cosas, sin deformarlas ni comprimirlas cual férrea coraza, ni ser cual débil tul que se desgarra al impulso vital de lo que envuelve. El alma del Hombre ha de ser en lo posible el tipo del universal sistema, mi reflejo más limpio.

No pretendas elevarte más de lo que tu vuelo alcanzar pueda. Y para subir, apoya tu planta firme en el suelo. Los Santos que han querido volar al Cielo despreciando la Tierra, lo han encontrado pequeño y vacío. Sólo desde la Tierra te es permitido contemplarlo, y aparece grande y poblado. No te detengas en una sola de mis manifestaciones si quieres aproximarte a la verdadera sublimidad del espíritu. Los que han sido prodigios de mera virtud, los ascetas, los espíritus estrechamente religiosos, el homenaje que me dirigían de rodillas al sacrificarse, ha resultado parcial y deforme, perjudicial y feo. La Virtud, la Santidad, para ser perfecta, necesita de la Inteligencia, de la Ciencia, del Diablo, como se le llamó en tiempos de ignorancia. El Intelecto y el sentimiento moral son unísonos. El verdadero Santo es el espíritu justo que mejor conoce la Mundial economía. Un hombre de naturaleza seria y vigorosa no puede ser parcial ni quedarse parado en los deta-

lles, ni en especialidades, ni en actualidades. Tiene necesidad de aspirar al conjunto, de ver, de sentir, de comunicarse, de moverse, de producir, de cambiar; debe de ver los más países posibles, y tratar Hombres de todas las razas y de todas clases y edades. Debe de comprender todas las culturas, pasadas y presentes. Debe de templarse en la paz y en la guerra, en la abundancia y en el hambre, en el amor y en el odio, en la creencia y en la duda, en el valor y en el espanto. Y debe de sentir el Arte, profundizar la Ciencia, poseer todas las técnicas, para tener la visión clara, para conocerme un poco, de lejos, pero aun muy de lejos. Y entonces, llegado al Cielo del conocimiento por todas las vías de cultura y de grandeza, sentirá el pensamiento generador del Universo, a saber, que las masas de la Naturaleza ondean y viven, y todo es movimiento, cambio, organización y creación continua. El Cosmos es eternamente vivo: no es una ruda máquina que ruede matemáticamente siempre lo mismo, cual inmenso aparato de relojería de Ginebra...»

Mi admiración crecía. Llegado a esta altura, parecióme que las leyes mecánicas formuladas por los hombres como universales, eran sólo minutos de ese no se qué incomprensible, indefinible, innominable, que continuaba diciéndome:

«Tú, al contemplar mis múltiples aspectos, les das un nombre: Universo, Naturaleza; y te quedas satisfecho. Al observar una de mis manifestaciones, exclamas: *¡natural!* ¿Qué te figuras decir con esto? ¿Quieres indicar que todo se pasa de una manera regular, mecánica, prevista, común, fija? Es preciso que lo sepas: no hay nada más sobrenatural que la Naturaleza.

Tú sabes hoy lo que son las montañas y los ríos y por qué existen; pero, y la Vida sobre el planeta? ¿Y lo que llena los espacios siderales? ¿Cuándo y cómo empezó el tejido de Universos, y cuántos organismos contienen y de qué clase?

¿Sabes tú qué especies de seres hay en otros sistemas solares, en esos que parece siguen una recta indefinida o en esos otros bólidos que hacen curvas al rededor de dos soles, uno verde y otro rojo? ¿Qué seres se crian en planetas que tienen atmósferas densas como la leche, o pesadas como nuestros metales nobles, y en los que tienen veranos de siglos? ¿Cuántos reinos orgánicos allí hay? ¿Cuántos sexos contribuyen a producir los seres? ¿Hay conciencia u otra cosa superior que no

conocemos en estos Mundos? ¿Se manifiesta en alguna parte algo superior a lo que aquí conoces con el nombre de Vida? ¿No te admira todo esto? ¿Y lo que es la luz? ¿Qué es el rayo? «Vibraciones del éter, electricidad», dirás. ¡Nombres! ¡palabras! ¡etiquetas que el mezquino del Hombre pone a los fenómenos! ¿Por qué las vibraciones de una amplitud y de una rapidez dadas son calor, y de otras son luz, y éstas aumentando de energía son rayos químicos, y aumentando más otros que tus sentidos aun no perciben, que percibir no puedes? ¿Sabes cuántos mundos orgánicos contiene cada microbio? ¿Y cuántos millones de Universos existen más allá del que conoces? ¿Cuáles les precedieron y qué otros les sucederán cuando éstos se fundan? ¿Cuál es la forma y posición de los átomos? ¿Sabes siquiera si éstos existen? Y de la duración sin límites, que jamás para, sin estación final ni punto de partida, rodando siempre, como el curso de un río sin origen ni fin, moviéndose como el vaivén de las oleadas de un mar sin orillas, del cual salen y en el que se sumergen continuamente los seres, —¿qué sabes tú de esto? ¿Y de la extensión, también sin fin, formada por todas las actualidades, las coexistencias de las energías?— El espacio, ¿te has parado a meditar si podrían haber otros de más dimensiones que el que tú hoy concibes? Por de pronto el espíritu puede tener varias: elevación, profundidad, amplitud, longitud, y, además, intensidad...

¿Qué sabes de mis manifestaciones? ¿Que soy una fuerza? ¿que todo es fuerza? ¿coexistencia de fuerzas, sucesión de fuerzas? ¿Qué eres tú mismo mas que un conjunto de fuerzas, actualidades de la total energía, que van sucediéndose en una directriz que tú mismo ignoras, aunque a veces creas vislumbrar la dirección? ¿No encuentras el Universo vivo, sagrado, magico, misterioso, sobrenatural? ¿No te parece un Milagro permanente? ¿No sientes que no es una máquina geométrica, de curvas regulares, de engranajes duros, con movimientos fijos, previstos, y con el Motor aparte? ¿Puedes tú distinguir el Motor de la máquina? o mejor, ¿no ves tú que no hay tal maquina sino el Ser, manifestándose siempre? ¿No percibes que Soy Todo Uno, manifestación y esencia, imponderable, inmenso, infinito, omniforme, y omniactivo, vivo, eternamente vivo, es decir, la Vida misma? Cuando desciendo, es que subo. Cuando te parece que destruyo, es que empiezo a crear.

Esta es mi ley sobre los mundos: La Vida. Y la vida intensiva, extensiva, ascendente: he aquí lo Sagrado. Lo menos vital tiene que ceder el paso a lo que lo es más, o vivicarse en progresión creciente. El poner límites a la Vida, he aquí el sacrilegio máximo. Propagarla y superiorizarla, hasta llegar al paroxismo en la belleza y el placer. ¡He aquí la Religión que dicta mi soberano esplendor!...»

Extasiado, me parecía que se me revelaba la clave de los mundos.

«¡Se creador! ¡Conservador, de ningún modo! La mejor manera de conservar es ir avanzando. Haz hijos y sepulta los cadáveres. Conservar los muertos es un crimen; enterrarlos, una religión. Conservar y pararse es destruir, decaer, propagar la putrefacción, extender la muerte. Todos los conservadores son tales por mengua de organización, por degeneración, por afeminación de temperamento: son inválidos que sólo pueden batirse a la defensiva; impotentes que pretenden privar de engendrar a los fecundos. Son el hielo, que le dice al sol... «¡Atrás, que vas a fundirme!»

Los fuertes, los vitales, son revolucionarios, evolutivos, progresivos, creadores; duros y brillantes como el diamante, inexorables en su marcha hacia adelante, como el proyectil en su trayectoria, como el planeta en su órbita.

Todo es movimiento y lucha. La mejor manera de extender y de elevar la vida es avanzar luchando. La Paz es el triunfo en la batalla. Envainar la espada es firmar su esclavitud, sellar su tumba.

Soy la Vida, y siempre tiendo más allá. Pero ese más allá, es sólo por ti, que lo realizo sobre la Tierra. La Supervida, cada día mejor, sólo eres tú quien puede realizarla. Yo no me cuido de esto; sólo soy impulso. No hay Providencia más que de total energía. Tú debes de administrarla y proveerte a ti mismo. Para ello tu cerebro debe de ser paralelo del Mundo; tu voluntad formar parte de la fatalidad misma y dirigirla.

Destruyo planetas, apago estrellas, hundo continentes, arruíno ciudades, hielo la sangre en las venas, propago pestes, marchito los frutos, lanzo rayos, devasto comarcas, degenero dinastías, extingo razas, crío fieras y animales venenosos. La serpiente, la víbora, la araña, el tigre, el chacal, el cocodrilo, el lobo de mar, y todos los microbios patógenos, y

los venenos orgánicos, son mi obra; como las albúminas vivientes, los frutos sabrosos, las flores olorosas, la primavera, el Amor y la Hermosura. La locura, la perversidad, como el talento y la conciencia, son mis producciones; la fealdad y la Belleza, las enfermedades y los medicamentos.

Pero estas fieras, tú debes exterminarlas; estos venenos, tú debes neutralizarlos; estos microbios patógenos, esterilizarlos; estas albúminas vivientes, acrecentarlas; y los animales amigos, protegerlos y educarlos. Propagar la Belleza y proscribir la fealdad, exaltar el talento, sublimar el Genio, afinar la conciencia, ensanchar el corazón, es tu labor. Y si no puedes transformar lo feo en hermoso, lo malsano en vital, lo feroz en amable, lo agresivo en progresivo, destrúyelo y engendra lo superior, que así abres paso a la Vida, a la Supervida, preparando el reino de lo superorgánico y de su Rey el Superhombre. No tienes derecho de vivir en balde. Ni límites, ni tregua, ni retroceso, ni miedo. Vence siempre, y siempre adelante, y siempre mejor y más; que por ti realizo mi superior manifestación sobre la Tierra.

Escuchando esta voz me quedé absorto: me pareció sentirme armado y librar batalla al mal, cerniéndome en lo alto cual nuevo San Jorge. Y la voz continuó: «Cuando te hayas elevado así, y así estés templado, podrás bajar desde el cielo al mundo de la práctica, y ser virtuoso. Entonces sabrás distinguir lo justo de lo injusto, y podrás bregar con los imbéciles y vencerlos, destruir las opiniones cuadrúpedas de los cananeos y derrumbar sus obras feas y materiales; y harás triunfar las tuyas de la ignorancia y del bajo egoísmo. Nada podrá en contra de ti la Muerte. ¡Crearás el porvenir; serás un Héroe!«

Entonces, en el paroxismo de la fuerza, contemplarás sereno el abismo que existe entre la ambición del Hombre y sus posibilidades, entre la demanda y la oferta de energía que forma la más horrible tragedia de las almas».

Al llegar aquí la Voz me anonadó por la inmensidad de lo que me sugería. Sentí en mí una especie de terror sagrado. Me faltaban las fuerzas; horribles dudas me asaltaban.

«¡Sí! esa tragedia es la mía, —dije irguiéndome de repente— Las atracciones no son proporcionales a los destinos. Las esperanzas sobrepujan de mucho las satisfacciones. La insuficiencia en poder, la falta de medios de realización, es el peor

tormento de mi alma ardiente. Abrasándome el sagrado fuego, acusaría la providencia de avara y mezquina si creyera en ella. He visto el Cielo y la Tierra con ojos de poeta y mente de filósofo, y esta visión deslumbradora me ha inflamado un deseo infinito de todo. Siento una sed de acción tan furiosa como la del espacio aspirando a llenarse de Soles, de Mundos y de Satélites; una sed como la del vacío de absorber los cuerpos; para satisfacérmela, tan sólo me hallo con un poco de humedad, y a veces ¡ay! bien amarga. ¡Feliz cuando encuentro una triste perla de vital rocío! Y con esa sed infinita, soñando en una copa llena, tan grande como el espacio, ¡sólo me ofrecen un diminuto vaso de leve y frágil vidrio con una gota de vida dentro, que se me evapora!

Cada día me despierto con un hambre tan grande que sería capaz de tragarme nuestro sistema solar como un bizcocho; con una pasión de acción tan sin límites, que quisiera poner mi mano sobre la estrella polar y descolgarla. Sí: quisiera disolver el Sol y hacer otro más luminoso; quisiera jugar con la gravitación y la química del espacio; y ¡ay! al primer movimiento que hago para probar mi fuerza, advierto que mis brazos son cortos y débiles, mis piernas flaquean, mi vista resbala sobre la superficie de las cosas, no pudiendo saber si éstas tienen más que superficies; mis sentidos me son infieles o insuficientes. Soy un Gran Emperador cuyos Estados no obedecen; un Gran General cuyas legiones le han desertado al empezar la batalla. Y con un corto gladio he de matar al monstruo inmenso que está en el fondo del abismo. Todos se me han marchado. Nadie me sigue. Me han dejado solo. ¡Ya puedo silbar! ¡Unicamente a lo lejos me responden cantando sarcásticamente las sirenas: «*Las satisfacciones corresponden al deseo*». Y el eco me suena cual carcajada mefistofélica que hace estremecer los mundos y oscilar los rayos de los Soles!»

Dije, y caí en mi sillón anonadado.

De pronto, como un aire suave y fresco vino a mitigar mi ardor y a fortalecerme, y la voz me respondió de las profundidades del infinito:

«En esto estriba *la Virtud perfecta, el Heroísmo:* en no espantarse del precipicio que separa la ideal aspiración de la realidad mezquina y de la realización probable. Atrévete y vencerás. El Hombre que anhela la verdad no tiene más que

abrirle la puerta francamente. Ella pronto ha de venir a su socorro, clásica, expansiva, desbordante, siempre nueva, imposible de ser contenida. Cada día le ayudará con nuevas generaciones. Cada día, él, verá más ancho y más justo. Cada día realizará más y mejor. La lección de Vida, la más práctica, consiste en generalizar. Se ha de dar la razón a lo que dicen los siglos, contra lo que dicen los momentos. Se ha de saber resistir las particularidades. Tu personalidad crecerá tanto más cuanto más te desprendas de ella. Lo único que tiene sentido práctico, concreto, es lo universal. Los individuos y sus casos actuales parecen decir una cosa, y las razas, y la Humanidad, dicen otra. Un instrumento solo no es orquesta, ni una sola nota sinfonía. Con notas aisladas no hay ni melodía ni armonía: sólo ligadas constituyen la música. La apariencia es vana e inmoral; pero la realidad, el resultado, es moralidad perfecta. Los acontecimientos, los resultados, parecen aconsejar el pesimismo, justificar el descorazonamiento, proteger a los infames y aterrar a los justos. Y, no obstante, la Justicia avanza por los verdugos y por los mártires. Aunque, a cada partida social o política, los malvados ganen y triunfen; aunque la sociedad parezca pasar de una banda de ladrones a una manada de asesinos, y que a cada cambio de institución sigan una horrible serie de felonías; no obstante, los fines de la especie se realizan. Un acontecimiento parece hacer retroceder la Civilización de varios siglos; pero el Progreso atraviesa las tormentas, y, aunque su buque se hunda, él, a nado, llega a puerto. Las leyes contra *la Ley* son impotentes. Para continuar mi progresión de bien sobre la Tierra, a veces me sirvo de los humildes o de los peores. A través de las catástrofes, a través de las hecatombes de los siglos, a través de las tiranías y de las revoluciones, a través de los fanatismos, las guerras y las pestes, mientras el Sol alumbre y la Tierra gire, una grande y bienhechora corriente de Vida ascendente correrá creciendo sobre el planeta.

Aprende a buscar lo permanente en lo variable y fugitivo; resígnate a la desaparición de las cosas que estabas acostumbrado a venerar sin perder su veneración ni su respeto. Sabe que los que te han precedido, aunque combatiendo con distintas armas y otras banderas, eran soldados del mismo divino ejército

del cual vas a la vanguardia. Estás en la Tierra para ver; ves para producir; y has de producir, no para ti sino para todos. Combate con valor, que la flecha que lances contra un soldado del mal tal vez destruirá todo un ejército, o derribará una de sus fortalezas. Ten presente que eres capitán de gentes y que no es por ti que combates, sino por ellos; y que la armadura que te hará más invulnerable, y la espada que te hará más invencible, son la de la clara visión de los hechos, y la del ideal creciente, que hace fructificar todo lo que corta y vivifica al enemigo que hiere. Y, por fin, ten valor; sé fuerte como la fatalidad que ninguna acción se pierde, llegando más lejos cuanto de más alto venga y más intensa sea. Mantén tu plan de progresión de Vida Superior con una energía análoga a la de la gravitación. Sé radiante de idea como un Sol y orbitado como un planeta.

Y, aunque el abismo se abra bajo el abismo, las creaciones se sucederán, que la Creación es continua y Yo el Padre Eterno, pues todas las cosas están precontenidas en Mí, la Eterna Causa, que quiere que la Vida no se extinga nunca, porque Soy y no puedo extinguirme».

Calló la voz; y, oído esto con beatitud y entusiasmo, quedeme fortalecido. Y miré, y me pareció que al azul manto de estrellas del Ser se volvía al cielo, que su sobrevesta eran los montes y los llanos, con los bordados y galoneaduras de los bosques y los ríos; y su falda vi que era el Mar.

Y se fué clareando el espacio iluminando la creación de rosados tintes, y apareció el Sol derramando luz y vida por la Tierra.

Y yo, extendiendo los brazos al firmamento, exclamé: «!Oh energía permanente! *¡Hágase tu voluntad!*»

Y bajo la inspiración del Santo Espíritu empecé a escribir *El Evangelio de la Vida*.

I

LA SOLEDAD

La Naturaleza es un arpa eólica cuyos sonidos sólo son perceptibles al alma poética: ésta no hace más que reflejarnos las armonías de aquélla.

NOVALIS

Prometeo ha dado al hombre el Fuego sagrado, la Luz, que es Vida, y le ha acompañado en su marcha ascendente hacia el Superhombre, a través del Mundo de lo viejo, del mundo del momento, poblado por los superfluos y por los utilitarios. Al llegar a una meseta situada en una gran altura le hace ver cómo el Cielo de los Dioses está vacío. Y le enseña que el Héroe perfecto no es el que escala los Cielos, sino el que les obliga a bajar sobre la Tierra; y después desaparece.

El Hombre sobrehumano se queda solo, y contempla lo bajo del Mundo de las muchedumbres. Las ciudades le parecen llanas, y divisa en ellas unos puntos negros. Son los templos que él admiraba por verlos, desde abajo elevarse sobre todas las construcciones humanas, y que, vistos por encima, sólo aparecen como manchas oscuras.

Y, al sentirse en la Soledad y en plena Naturaleza, toma la lira de Orfeo y entona este canto ditirámbico:

***

«¡Oh Soledad Magnífica, hermana del Silencio! ¡Qué bien se halla en tu seno el que tiene la visión clara, el Hombre de alma fuerte!

¡Que fortificante eres y que fecunda!

Sin tí, ningún sabio de la Tierra habría producido nada, porque tú eres la Madre eterna de las Grandes cosas!

Tú eres la que me has enseñado a ser yo mismo, y a se-

guir avanzando en mi órbita sin cuidarme de los aullidos de los perros vagabundos que ladran a la aparición de todo astro, como a la aparición de todo lo que luce y se levanta al Cielo!

¡Cómo aumentas mi ser, mi Hermosa compañera! Contigo todo lo veo claro y limpio; mi fuerza crece; y todo lo que hay en el Mundo y en el Universo, todo lo mido y todo lo peso.

Contigo, en la espesura del bosque, en las altas cimas o en las orillas de la mar profunda, lo mismo que encerrado en un palacio, en rica estancia, o en pobre y mísera boardilla, siempre estoy a mi placer, mi dulce amiga. Y encuentro que la Tierra y el Cielo y cuanto hay en ello, todo es propiedad mía. Y los Universos y todo lo que ya ha sido, y lo que aun ha de venir y que sólo se vislumbra cual nebulosa vaga, y lo de otros espacios; todo me pertenece, todo entra en mí, todo puedo pesarlo con la balanza Superior del Intelecto. Gracias a ti, todo lo veo claro con la luz fija y potente que en mi interior llevo, y que en el Mundo, con la gritería de todos los subhombres, oscila a veces y hasta se apaga. Y me siento Juez Universal, presente, y futuro Creador de sueños de aquellos que preceden las construcciones venideras, las organizaciones nuevas; sueños que casi siempre, más o menos modificados, se realizan.

Yo me he sentido mucho más solo, mucho mas abandonado, en medio de la multitud, ¡oh Soledad de mi alma!... Sí, mucho más abandonado que en tu seno. Allá, en la multitud, nadie me entendió, ni pudo comprenderme; y algunos que parecía que me entendían, lo hacían ver tan sólo, pero no me comprendían. Eramos demasiado diferentes. Yo no podía caber en ellos. Tenían el alma demasiado estrecha, y el intelecto sobradamente bajo, los que lo tenían. Yo me sentía *Unico,* y ellos querían que sólo fuera *uno más,* uno añadido a los otros. Y se burlaban de mí porque no seguía el camino del rebaño, ya abierto por la vieja rutina. Y porque yo me abría mi camino, me llamaban loco y me tiraban piedras; y hasta querían privarme de que yo viese claro y de que subiera alto a la Gran Montaña, pues tenían miedo de que, viéndolos por encima, me diera cuenta de cuán pequeños eran y los dominara. Querían hacerme marchar poco a poco por el camino llano, y que yo también me aplanara... ¡Ay! ¡Me ahogaba!

Pero ahora contigo yo respiro, ¡oh Soledad libertadora!

Contigo he atravesado campos, valles y ciudades, y mares, y desiertos. Y he visto el mundo mejor, sin que nadie me falseara la visión torciéndome las imágenes de las cosas, ó me levantase espesa polvareda que me las velara; porque tú eres Diáfana y Conductora, y haces que me comunique directamente con todos y con todo, menos con la impertinencia de los subhombres que todo lo estorba y que todo lo aborta. Y tú me has dicho que de cuando en cuando es preciso que vuelva entre ellos, sí, con los del gran número, para ver lo que hacen, si los que se llaman legión bajan o suben, y ayudarles a subir, aunque no sea más que a una altura material poco elevada. Porque entre el lodo de la multitud se encuentran partículas de oro; pero éstas no son las que más lucen, sino que suelen estar hundidas casi siempre, y hay que adivinarlas y extraerlas, que, levantadas al aire libre, brillarán cual las estrellas.

Contigo, ¡oh Soledad evocadora! he aprendido a ser bravo y bien templado. Tú has hecho que pudiera sentir sin estremecerme, desde el fondo de mi ser la voz lejana de mis antepasados, intrépidos marinos, exploradores atrevidos, siempre haciendo vía por la mar en busca de países nuevos; adalides de progreso; perseguidores de piratas sajones o del Islam; soldados de la libertad; nautas de ideas. Y contigo me han aparecido, y me han dado orden de marchar siempre adelante y de luchar siempre sin reposo ni tregua.

Sólo contigo, ¡oh Soledad, oh Confidenta mía! puedo ser franco y expansivo; nada tengo que esconder, todo puedo decirlo, todo puedo revelártelo, hasta los sentimientos más íntimos de mi corazón y los estados más recónditos de mi conciencia. Y puedo soñar tranquilo con todo el corazón y con toda mi alma. ¡Y qué bueno es el soñar cuando uno llega de allá bajo, de la multitud, de la chillería, y sale asfixiado por su atmósfera pesada y baja, con el corazón compungido y la conciencia sublevada!

Contigo respiro un aire más puro, respiro fuerte, y me siento exhuberante y presto para la lucha. Y puedo engendrar bien, y tu hermano el Silencio me cría mi concepción tal cual yo quiero, sin que se sepa. Ya volveré a la multitud para des-

atontarla, echándoles el hijo que contigo he tenido para que todo lo remueva.

Tú me enseñas a encontrar el sentido justo, la expresión adecuada de las cosas, ¡oh Gran Maestra! Sí, de las cosas que han sido, de las que son y de las que aun se hallan en la penumbra del presentimiento. Y lo que contigo concibo tiene una fuerza tal, que los ídolos más altos, las estatuas más firmes tiemblan cuando mi palabra cae como un rayo encima de ellas. Porque tú haces que el pensamiento no se evapore y que la acción no se agote. Y así, en estado latente, las energías se acumulan y se comprimen y se multiplican. Y cuando descargan, todo lo derriban, todo lo hunden, es decir, todo lo que sea viejo, carcomido, vacío, enclenque o falso.

Y las piedras que la tempestad arroja y que en tus nublados se preparan, silban como balas, estallan como granadas, y tocando a las que todos creían construcciones fuertes, las hacen sonar a hueco y las pulverizan.

Y los muertos, y los fantasmas que allí reinaban, se espantan y huyen. Y la luz viva, que vivifica, hiere los ojos, acostumbrados a la oscuridad, de aquellos mismos a quienes viene a dar más Vida. Porque tú eres Madre de las tempestades necesarias que todo lo purifican y renuevan, ¡oh Soledad bienhechora! Tú eres la colaboradora indispensable de las grandes ideas que han dirigido el Mundo de los Hombres. Tú has muerto y echado al viento las cenizas de todo lo que parecía Eterno e indestructible. Y has contribuído a la creación de las obras más maravillosas. Hasta, según cuentan los Sagrados libros de Judea, Jehová estaba contigo cuando creó la Luz, el Sol, el Mundo y las Estrellas.

Los que no se hallan bien en tu compañía, es que son vacíos, falsos, estériles, o de aquellos que no pueden tolerarse ni a sí mismos. Pero contigo están a su placer los grandes productores, los fecundos, todos aquellos que llevan un mundo dentro de su alma, o que tienen un alma que por sí sola vale un mundo.

Estando contigo, lo he visto todo claro hasta de noche y en la oscuridad más profunda. No, y no he necesitado de luz alguna, pues me bastaba la que yo llevaba dentro. Así, yo he hablado con los que han sido tus amantes, y aun hablo con

ellos, y todo me lo cuentan. Los Grandes del pasado me han dicho cómo estando contigo se les ha ensanchado el alma. Gracias a ti, siempre que quiero, con ellos departo.

La pasada noche, conversé con el Emperador Juliano sobre el fin de los dioses de Grecia y Roma, y de la oscuridad que, viniendo de Oriente, invadió el mundo Antiguo occidental, tan luminoso y bello. Ve si la oscuridad y el tedio fueron grandes, que, según me dijo, hasta el cantar volvióse triste, el Hijo muerto del Dios de Israel vino a reinar sobre la Tierra, y el ideal del Hombre fué el suplicio.

Los Héroes que pasaron, gracias a ti, todo me lo comunican; no tienen para mí ningún secreto, pues estoy contigo tal como ellos estaban. ¡Sí, contigo, la Eterna! que acoges a todos los heridos de la lucha y les das nuevo aliento, les reconfortas y los curas.

Tú, ¡oh Soledad reveladora! tú eres la que me has revelado la esencia de las cosas al hacerme ver que todo no es más que apariencia, y que ésta es la sola realidad por nosotros cognoscible. Tú me has dicho que la Ciencia no encuentra la Verdad, sino que descubre, más grande que nunca, en último término, después de las series de fenómenos más o menos comprensibles, el Eterno Misterio, que tanto cuanto más retrocede, más se agranda y se levanta.

Contigo he aprendido a ver que los más grandes tiranos los llevamos dentro. Vencidos éstos, el yo *Unico* vence la Naturaleza, y sólo así puede ser libre. Y la mayor parte de tales tiranos, cuyo yugo nos oprime, son muertos; nos subyugan por su peso, por la inercia. Nuestro esfuerzo ha de ser sólo para echarlos. Una vez fuera, nuestro ser fructificará con libertad completa. No hay ningún libro en el mundo que me haya hecho pensar lo que tú, ¡oh Profunda inspiradora!

Tú me has mostrado cuál es la fuente de todo derecho, de todo valor sobre la Tierra: tal es la Vida. Y la he visto como energía, instinto siempre creciente de sobrepujarse a sí misma, como impulso de producción, como evolución perpetua. Y he dicho:, «¡adelante, y siempre más alto!» Y, avisado por ti, me he lanzado a la pelea en medio de la batalla, creyéndome mucho más fuerte que la Muerte, es decir, invencible, ya que

tú me habías consagrado separado de los demás al declararme *Unico*.

¡Qué bella eres, Soledad, cuando estoy contigo, en la serena noche, con el manto de estrellas todo punteado de brillantes y lejanos soles, con el joyel de la luna! ¡Sin hablar, todo me lo comunicas, porque todo habla en ti para el que bien sabe escuchar en el gran reposo de tu hermano el Silencio!

Contigo he vivido Feliz: en tu seno he de morir cuando esto sea. ¡Así no desmentiré mi vida heroica!»

II

EL SILENCIO

El Hombre superior, subiendo la Montaña del Conocimiento encontró a los que descendían de ella: parecían rebaños conducidos por pastores sin cabeza, o por lobos disfrazados. Su gritería incoherente le aturdía; trató de digirles la voz para que volvieran de camino y le siguieran hacia arriba. Pero ellos le apostrofaron y continuaron bajando hasta hallarse al nivel del bajo suelo. Entonces, él con el alma dolorida, llegado ya a las alturas, sentóse a la sombra del frondoso árbol *Igdrasil,* el árbol de la Vida, y fué presa de las siguientes meditaciones:



«La facultad de sentir el dolor y de dominarlo, para hacerlo desaparecer o para oponerse a él, he aquí la cualidad del Héroe. Y hay que ser Héroe para bregar con los insignificantes, con los superfluos, con la subhumanidad, que es la mayoría.

El dolor es y ha sido siempre lo que ha impulsado el Progreso; el dolor, o sea el grito de alerta que nos da nuestro organismo cuando se siente amenazado de muerte o de menos vida, es lo que hace que tendamos a una Vida superior. ¡Ay del que no sienta el dolor, o del que lo sienta y no reaccione!

Pero la acción que el dolor provoca, es tanto más fuerte cuanto más se incuba, cuanto más se acumula, cuanto más hondamente se elabora. Lo que se pierde en chispas, nunca explota.

De aquí el que todo gran acontecimiento, todo gran acto,

toda grande obra, deba de ser concebida en el Silencio y en el seno de la Soledad augusta.

¡Cuándo los déspotas, los tiranos, imponen silencio a las ideas, arman y hacen fuerte al oprimido, sin saberlo!

El Silencio es el signo de todo lo que un Hombre verdadero puede llevar a cabo. El Silencio es la más elocuente revelación de la fuerza que llevamos dentro. El silencio es el elemento en que todas las grandes cosas se han concebido, han germinado y se han hecho, antes de salir a la luz del día. En él se forjan y se coordinan para salir acabados y magestuosos al aire libre de la Vida. El hijo es concebido en el Silencio, y en el silencio del vientre maternal se va formando y se desarrolla. El árbol sale de la semilla en el Silencio del seno de la tierra. Y cuando sale y lo ven, ya hacía tiempo que allí se organizaba. La obra de Arte es meditada y hecha en el silencio del taller, y la de Ciencia en el Silencio del laboratorio. En el Silencio de la noche se maduran las ideas, que están destinadas a conmover el mundo al siguiente día. ¡Qué selección más profunda la que elaboran la Soledad y el Silencio, esos dos elementos sin los cuales no serían las grandes cosas! Ellos barren lo malo, derriban lo viejo, preparan lo mejor. El pensamiento no hace su superior labor más que en el Silencio. No en el Silencio de la parálisis, de la Muerte, sino en el de la Vida, latente dentro de la conciencia. «*Que tu mano izquierda ignore lo que se prepara a hacer tu mano derecha*», decía Pedro el Grande de Aragón. «*Desconfiad de los habladores, que ellos han de perder a nuestro pueblo*», había escrito Mahoma.

En todas las grandes cosas de la Tierra hay un silencio mucho más elocuente que ningún discurso. Lo que se esparce en palabras, se evapora, y pierde fuerza. Los tontos hablan hasta de aquello que no vale la pena de que se hable de ello, o de lo que debería olvidarse. La Historia habladora no nos cuenta casi más que aquello que no debería de ser contado lo que no cuenta para nada, para nada que sea Vida. Crímenes, miserias, devastaciones, dinastías, todo lo que ha privado de vivificarse el planeta, todo lo que ha sido obstáculo al gran trabajo humano. Nunca la Vida y el propio trabajo. Si uno considera lo que se prodiga y se pierde en miajas, en pala-

bras sin sentido o de sentido bajo, o sobre acciones mezquinas, entonces se apasiona y comprende el Gran Imperio del Silencio.

No os fiéis de todo lo que trinca y suena, al presentarse con sonido de cascabeles, o como las detonaciones de una *traca*. Es un coche que pasa conduciendo a una insignificancia pretenciosa, o un chiquillo mal educado que se entretiene en asustar a los que trabajan.

Los hombres nobles, callados, dispersos por aqoí y por allí, cada cual en su respectivo reino del espíritu, pensando silenciosamente, obrando silenciosamente, sin que de ellos hable ningún periódico de la mañana, ni ninguna hoja de la tarde: estos son los que preparan la Vida Nueva. Son el Oro de la Tierra que está escondido dentro de la mina. Son el brillante que, siendo todo carbón como los demás carbones, no se parte, ni se pulveriza, y brilla en cuanto lo tallan, deslumbrando al mismo que lo talla; porque ha cristalizado en el Silencio de los siglos. Es un carbón inmortal.

Un país que no tiene hombres de estos no es un país. El que los posee, por bajo que parezca hallarse, por caído que esté, está a la víspera de su engrandecimiento. Un bosque sin raíces no es concebible. Mas en un campo sembrado nadie observa nada, y no obstante, lleva todo un bosque dentro.

¡Desgraciado del Hombre si no tuviese más de lo que decir se puede!

El Silencio, el Gran Imperio del Silencio, más alto que el Cielo, más profundo que la Muerte, el Gran Silencio incomparable, preñado de los gérmenes de la Vida... ¡El sólo es fecundo! ¡El sólo es grande!»

III

LA NOCHE

La Noche iba llegando, y las cosas visibles se iban oscureciendo, perdiendo sus contornos y desapareciendo poco a poco. El Hombre estaba pensativo. La Luna, como un gran disco de fuego, salió por encima de un bosque de pinos, y, elevándose pausada y majestuosamente, empezó a iluminar con sus rayos débiles las masas de la Naturaleza.

El Hombre levanta la cabeza, respira el aire fresco, contempla admirado el espectáculo y exclama:

***

«¡Oh Noche! Tú eres uno de los grandes estados pasivos que vivifican. Tú eres la ausencia del Sol, como el Silencio es la ausencia de la Palabra, y la Soledad la ausencia de los Hombres. Pero eres de estos estados pasivos-negativos, en los que se engendra y se germina, en los que la fuerza crece.

Tú haces callar todo lo que nada nos importa oir ni que sea oído. Tú borras las formas feas, importunas, exageradas o duras y angulosas en demasía; y todo lo suavizas, lo armonizas y difumas. Y el Espíritu, no excitado por la gritería de todo lo que chilla y rebulle y desentona en el Mundo que Tú desvaneces, puede entregarse libremente a sus meditaciones profundas y tranquilas.

Así que te presentas, las impresiones que de los objetos recibimos, se transforman, o las transformo yo a mi antojo siempre que quiero; y mi poder crece y se ensancha, pues puedo hacer que comparezcan sólo aquellas que me convienen.

y en el lugar que me place, y tantas o tan pocas como yo necesite.

El viento sopla y murmura, y se arrastra buscando las cosas que ya han desaparecido; y se lamenta y gruñe quejumbrosamente como si no las encontrara más que como obstáculos.

Pero yo hago que aparezcan mediante la mágica invocación de los Arios, obligando a que venga en mi ayuda el dios Fuego, padre de la Luz divina. Y la Luz me vuelve a crear la Creación, tal como la quiero, del color que la deseo, intensificándome los objetos, que me es necesario que comparezcan en el primer plano de mi visión interna. Y de este presente de un Titán, tú ¡oh NOCHE! eres quien me hace apreciar las grandes ventajas. ¡Oh generoso Prometeo! ¡Bendito seas, que gracias a tu don tengo el poder de evocar las cosas! Y, ¡bendita seas Tú también, oh Noche bienhechora! porque me suprimes las cosas que me son innecesarias, nocivas o molestas.

Tú también tienes tus albores, ¡oh Noche serena! tu claridad suave y tranquila, que mitiga las excitaciones nerviosas. Tú evocas la Luna, que silenciosa sale a vernos, y que nos envía magnánima la luz que del Sol recibe cuando éste no nos la da directamente, y así nos muestras una creación mucho más idealizada. Y las almas sedientas de poesía salen a respirarla a pulmones llenos y se sienten amorosas.

Y la plácida Luna y los millones de diamantes que palpitan en tu inmenso azul oscuro forman una sinfonía que incita los corazones a que se amen. Y las almas enamoradas se juntan y se confunden; y los cuerpos se enlazan y, en mil besos de fuego, se comunican sus mutuas energías, formándose así, de dos, aquel Ser único de los primeros Evangelistas *mite are, mite thilu.*

Y, mientras tu reinas, los grandes solitarios que aman algo más grande que un ser de la otra mitad de nuestra especie, dejan que su corazón se dilate, soñando en universales armonías, y preparan su *Buena Nueva* del Amor Humano o del Amor Universal, para los futuros Estados, ya que en suma el Universo sólo es Amor y Sabiduría.

Y esta lección de Amor eres Tú, ¡oh Noche clara! quien

nos la enseñas, con tus millones de soles por segundo, y con tus billones de astros, que si se sostienen siguiendo la vía de sus órbitas, si ruedan e iluminan, si tienen organización y vida, es por la gravitación, nombre que los astrónomos han dado al inmenso Amor Divino, que empujo sin cesar los Universos en su ruta infinita.

¡Oh Noche inspiradora de Amor! Tú siempre lo has inspirado a los corazones inmensos. El buen Jesús, cuando tú llegabas sobre la Tierra, oraba por los Hombres, y el dulce San Francisco por los Hombres, los animales y las plantas.

Y, así como infundes amor, ayudas también a la Sabiduría.

¡Oh Noche tranquila! Todo calla durante tu reinado; todo, menos el cierzo que se insinúa y gime, y las fuentes que borbotonean. Y los espíritus grandes, que son también fuentes, fuentes de creación continua, manan con más abundancia y desparraman más fecunda y profundamente la creación de su alma.

Gracias a Ti, los genios se comunican, y vienen al mismo tiempo, los de todas las épocas y de todos los países, y se dicen cosas que el común de los mortales jamás ha oído. Y Tú los evocas; y el que elabora el nuevo Espíritu, el nuevo Evangelio, puede penetrarse de su alma.

Tú, ¡oh Noche Evocadora! eres la Madre de un nuevo mundo, de un mundo fantástico, mucho mejor a veces que el mundo real del día: el mundo de los Sueños. Y si hay Sueños enervadores y malos, sombras y pesadillas, como que son tus ficciones, cuando te vas te los llevas contigo y nos libras de ellos; y si son sueños de ilusión, sueños dichosos, aunque contigo se desvanezcan, nos dejan algo así como una esencia, un aroma, que perfuma todo nuestro ser al siguiente día. ¡Y es tan bello soñar!... Mira: en tu reinado he soñado despierto, he sido feliz; he hecho mis más grandes cosas.

¡Tú eres la prueba de los corazones fuertes! ¡Oh Noche Solemne! Cuando tú reinas tienen miedo y tiemblan todos los que carecen de un ánimo esforzado y una bien templada conciencia. Pero los fuertes, los magnánimos, los que en ellos llevan la luz de la energía interna, no se acobardan ni andan a tientas. Los aspectos dramáticos con que presentas al mundo, les extasían; tus negruras y oscuridades les dan serenidad de

espíritu y hasta en tus tempestades se dilata su pecho y respiran más ancho y hondo, porque tú eres la prueba de los valientes de cuerpo y de alma.

¿Cómo sin ti podrían librarse de los déspotas los proscriptos, los que huyen de la persecución y la tiranía, los que urden las libertadoras revoluciones? Si durante tu imperio merodean los ladrones y los asesinos, como las hienas y los chacales alrededor de los cementerios, también das prudencia a todos y les avisas para que se pongan en guardia y cierren bien las puertas... que al fin la Vida es lucha, y el interior humano fortaleza inexpugnable. Al que pretenda violarlo, mátalo: tienes derecho a ello.

Con tu refrigerante soplo nos calmas el ardor que el Sol nos ha dejado, ese calor malsano y bochornoso, padre de las infecciones, las fiebres y las epidemias; menguas las congojas; la sangre se atempera y viene la calma.

Todos los seres inteligentes, los grandes sensitivos, las almas de artista, encuéntranse en su elemento cuando Tú llegas. Su imaginación se siente más libre, su fantasía vuela tan lejos como le es posible, sin hallar nada que la limite.

Tú haces dormir, ¡oh Noche Reparadora! y traes consejo, y rehaces todos los organismos vivos que en la Tierra palpitan. Y tanto si su trabajo es mucho como poco o ninguno, todos los seres descansan en tu seno, y le abandonan nuevos y fortalecidos al llegar el día.

Y a los que no duermen, a los que inspirados velan, para pensar o amar, en cuanto te vas les dejas como precioso legado el sueño, que, al venir tú, das a los otros. Y así, por ti, el mundo se reorganiza, continúa, crece y se multiplica, ¡oh Gran Madre de las Generaciones, pues que la mayoría de los seres son engendrados y concebidos en tu reino!

¡Gloria a ti, oh Noche Augusta, gloria a ti, que atesoras fuerzas para el nuevo día.

Pirineos Orientales, 1897.

IV

PROMETEO Y YO

Era de noche, noche obscura, apenas iluminada por los pálidos reflejos de la Luna, cuyo sol de los muertos negras nubes cubrían casi siempre. Yo me encontraba en esta noche.

Por todas partes nos cercaban las sombras sin dejarme distinguir bien claros los objetos.

Para encontrar al nuevo día, y ver salir el Sol que todo lo dibuja y todo lo pinta, y a fin de verlo aparecer más pronto, marchaba hacia Oriente, origen de la luz.

Y para alumbrar un poco mi camino, yo llevaba una linterna. Pero era una linterna defectuosa, muy defectuosa, tanto, que a menudo sus destellos me deformaban muchas cosas.

Y, andando, andando, había llegado a un campo vastísimo, lleno de una vegetación sombría, desde donde vi que allá en el horizonte, por encima de unas altas carenas de montañas, ya comenzaba, con luz débil y desmayada a despuntar el día.

El cielo, cobijándome, estaba nublado enteramente.

Sólo algún espacio horadado de esta capa tan obscura, dejaba brillar alguna que otra estrella en lontananza.

El horizonte, rasgado por morados estratus, comenzó a tomar el color amarillento del oro, la Tierra se fué poblando de formas aun no bien definidas; una densa neblina flotaba sobre el ambiente.

Y yo iba andando, andando hacia la salida del Sol.

Y de la montaña más alta vi que descendía un Titán, hermoso como una estatua helénica, con la cara radiante de alegría. Era tan grande, que parecía tocaba al cielo con la cabeza, en tanto que sus pies apoyábanse firmemente sobre la Tierra.

Y el Titán fué descendiendo en dirección hacia mi. Y cuando ya estuvo cerca exclamó:

—Qué noche más larga! ¡Por fin se me han roto las cadenas! ¡Ya soy libre! ¡Ahora respiro!—Y suspiró profundamente.

Y después de una pausa muy larga, mirándome con curiosidad, me dijo:

—¿Quién eres?

—Soy un hombre— le respondí —que huyendo de la negra noche vengo en busca de la luz que crea, y da forma y belleza a los objetos; de esta luz que hace cantar a los pájaros, volar a las mariposas y abrir las flores que embalsaman el aire, de esta luz que da frutos sobre la Tierra, frutos que nacen de las flores; utilidad de la belleza; de esta luz pura que es la fuerza de la Vida.

Y, como si no escuchase lo que yo le decía, me preguntó:

—¿Ha caído ya el tirano? ¿Por quién estoy libre?

—Y ¿quién eres tú?— entonces yo a mi vez le pregunté.

—Soy Prometeo, que para darte el fuego, a fin de organizar la Tierra, lo robé a Zeo, que improductivo, lo tenía en su poder, empleándolo solamente en lanzar rayos y en hacer cataclismos. Y había necesidad de arrebatárselo.

En sus manos era solamente una fuerza maléfica que sólo servía para destruir.

Y mientras tanto, los hombres, apenas elevados sobre el nivel del animal salvaje, vagaban errantes como seres estúpidos sobre la Tierra.

Y Zeo quería exterminarlos a todos y mandarlos al Tártaro.

Mas, yo, compadecido, robéle el fuego para darlo a ellos.

Y con el fuego les enseñé las Artes, y éstas, engendrando las Industrias, hicieron que los hombres se elevasen y se aposentasen firmemente sobre la Tierra.

Antes de que yo les protegiera veían, pero no distinguían; sentían, pero no comprendían. Como los fantasmas de los sueños confundíanlo todo. No sabían servirse de la madera de los árboles ni de la arcilla pastosa, ni de las plantas fibrosas, ni de las piedras, ni de los metales, que aun dormían esperando a que alguien los despertara del fondo de las tierras.

Yo les enseñé el modo de hacer ladrillos y tejas de las tie-

rras que eran buenas para ser cocidas, y también ánforas, platos y ollas. Yo les indiqué como se habían de cortar los árboles, y como debían podarse ciertas plantas para que pudiesen crecer. De los troncos de los árboles les hice sacar vigas y tablones para montar los andamios de las casas, en las que pudiesen vivir resguardados de la intemperie, y vivificados por la luz del cielo. Antes vivían a oscuras, como los topos debajo de la Tierra. No sabían distinguir por medio de ningún signo la estación de los fríos de la de las flores, ni la de la siega, ni la de los frutos. Sin reflexión de ninguna clase obraban al azar, por puro instinto, lo mismo que las bestias. Yo les hice observar la salida de los astros, y lo que es aun más difícil de comprender, el ocaso. Y la posición de las constelaciones. Para ello creé la más hermosa de las ciencias, la de los números, que fijan la proporción y medida de las cosas. Yo hice formar la reunión de las letras, que ayudan a la memoria, arsenal de la ciencia, archivo del Pensamiento.

Después hice aparejar a los animales bajo el dominio del yugo a fin de que, a los mandatos del Hombre, montados o enganchados a los carros que yo les hice construir, pudiesen ayudarlo y aliviarlo de los trabajos penosos, haciéndolos más deprisa y con menos fatiga. Y todo eso, para que con el descanso, tuviera más libre el espíritu para pensar, y para contemplar al Universo.

Por mí los caballos acostumbrados ya al freno, han paseado al Hombre triunfante por toda la superficie de la Tierra, venciendo al Tiempo y al Espacio.

Y después el Hombre inspirado por mí, ha aprisionado el fuego y el agua en carros exprofesos, y ha prevenido a marchar mil veces más deprisa que no corría con los caballos.

Nadie más que yo le ha hecho inventar esas naves que surcan las aguas, gracias a sus blancas alas o al fuego que llevan en sus entrañas, naves augustas que mandadas por bravos argonautas han descubierto países ignorados, ensanchando el espíritu humano por encima de la Tierra.

Y al cabo de una breve pausa, el buen Titán continuó diciendo:

—Antes de que yo les ayudara, los mortales (y este es el mejor presente que les hice) cuando se encontraban atacados

por una enfermedad, ningún socorro tenían. Ni alimentos apropiados, ni medicamentos tópicos. Hoy, por las composiciones saludables que yo les he hecho descubrir, sus males se curan, y lo que aun es más, se evitan; y su vida se alarga. Yo, haciéndoles mirar lo que ya ha pasado y observar el presente, les he enseñado a prevenir lo futuro.

Yo les he hecho evocar de la Tierra lo que estaba precontenido, sin tener aún existencia propia. Y el fuego que yo les di lamiendo las piedras, despertó los metales que en ellas dormían, y presentáronse brillantes, hermosos, fluídos, cada uno con su color especial que los distinguía.

Después hice que, gracias al fuego, los líquidos desapareciesen en vapor, subiendo hasta las nubes. Y que los sólidos se volviesen líquidos y nubes ellos mismos!

En fin, yo he sido el genio del Hombre, y le he dado un presente mucho mejor que todo esto.

—¿Cuál?

—La esperanza continua, ciega; la confianza en sí mismo. Y, ¡ay del hombre que la pierde!

Con tal virtud el Hombre triunfa siempre, y no desea la muerte. Y siempre adelanta! Por que hice que la creación fuese continua y que el Hombre fuese creador, dominando a Zeo, éste me castigó cruelmente. Previó que el Hombre arrojaría rayos más terribles que los suyos. Que embotaría las puntas del tridente de Neptuno, que afilaría la guadaña de Kranos, que de nada sería esclavo, que hasta El sería destronado; y furioso entonces, me hizo conducir al Cáucaso por la Fuerza y la Violencia, y mandó a Vulcano que con cadenas de cobre me clavase allí sobre una roca.

Y allí he estado durante muchos siglos expuesto a la intemperie, y lo que aun es peor, al furor de un buitre que se me comía el hígado.

Pero yo le dije:

«Tú caerás y yo seré libertado, que todo cae, hasta los dioses, por altos que estén».

¡Y al fin ha caído y yo soy libre!

—Nada... Yo he perdido la noción del tiempo. El tiempo era mi hermano mayor, pero yo ya no me acuerdo. Yo soy superior...

¿Y cuánto hace desde que Zeo cayó?

—Cerca de veinte siglos.

—Si que hace tiempo. Yo no puedo calcularlo. A los pocos siglos de estar yo amarrado se apagó el Sol, y se extendió sobre la Tierra la inmensa sombra de una *cruz,* de un instrumento de suplicio, y ya no sentí más que suspiros, sollozos, lloros y ruído de azotes. Las Ninfas no tornaron a visitarme. Tal vez murieron. Ya no he visto más a Helios. ¡Qué noche más larga! Sólo ahora hace poco ha comenzado a despuntar el día.

Y haciendo una pausa me preguntó:

—¿Quién ha reinado en el Olimpo después de haber caído Zeo?

—Otro Dios venido de Oriente, absoluto, señor de todo, Dios de un pueblo de la raza de Mercurio, de un pueblo esclavo, pobre y estrafalario, cuyo hijo, nacido hombre en Galilea, cuéntase que bajó a la Tierra a predicar amor y a morir en cruz para salvarnos.

—¿Y quién me ha libertado? ¿Epaphus?

—No, el Hombre, con el fuego sagrado que tú le diste, y con la confianza que en sí mismo le infundieras. Además, le ha venido ayudando desde mucho tiempo, una buena amiga, la Palas Atenea, que no murió como los otros dioses. Al triunfar el Galileo sólo desapareció! Condenada por él, escondióse después, y cuando llegaron los bárbaros hiperbóreos, convirtióse en bruja como las de la Tesalia. A veces, y era cuando infundía más miedo, vestíase de Heregía.

Durante el reinado del Dios judío siempre tomaba formas espantosas, pero, por más que la persiguiesen, siempre tornaba, aun que con diferentes vestiduras y con diversos nombres.

Andando el tiempo y apiadada del Hombre, fué recobrando su belleza antigua. Entonces le llamaron Ciencia y Razón, y como a tal fué proclamada Diosa, y adorada por todo un pueblo enloquecido y generoso, que había roto sus cadenas y romper quería las de los otros.

Con su ayuda el Hombre poco a poco ha ido limando las tuyas, iluminando sus ojos serenos, que despedían tinieblas y hacían huir a los fantasmas.

Mas el Dios de la cruz ¿continuó reinando después de muerto?

Sí, y en muchas partes aun reina. Durante su reinado todo fué obscuro. La vida fué considerada como un crimen; el hombre como un culpable, desde el momento en que nacía. La ley vino a ser una virtud, y el cuerpo humano una ignominia sólo digna de flagelo y de castigo.

—Pues es necesario enterrarlo con todos sus fantasmas.

Calló un momento; mas luego mirándome fijamente, me dijo:

—Y tú, a donde vas? ¿Quién eres? ¿Qué buscas?

—Marcho hacia adelante, adelante siempre—le contesté. —Diógenes con una linterna en la mano buscaba un hombre, pero yo soy un hombre que va en busca de una linterna, para poder ir subiendo siempre, de más en más, sin parar nunca! Una linterna que me haga ver las cosas diáfanas y claras, tal como son, en medio de estas pálidas sombras, de este crepúsculo matutino que, al tocar a su fin la noche de los Dioses, ahora empieza.

Y mirándome la mano, díjome:

—¡Si ya llevas una!

—Sí, —respondíle— ¡a falta de otra!

Esta nada vale, o cuando menos, bien poca cosa. Está vacía. Y cuando a su luz contemplo los objetos, a veces, parécenme buenos los más malos. Y esto me hace equivocar, y hasta caer.

—¿Y cómo se denomina este farol?

—Este farol es un molde al que unos llaman Criterio y otros Sistemas, en el que suelen hacer entrar todas las cosas, lo mismo si caben como si no, proyectándolas después a los otros, deformadas y del color de su cristal, como si fuese una linterna mágica.

—Y, en ello, ¿qué luz es la que llevas?

—He llevado varias. Antes llevaba una a la que llamaban *Moral*. Ahora llevo otra a la que llaman *Libertad*. Diéronmela unos tribunos quintaesenciados de lo abstracto.

Y mira cuan mal ella irá, que a su resplandor contemplé unos grandes caseríos en donde se encerraba la gente antes de tener uso de razón (los que alguna vez hubiesen llegado a tenerla) y allí todo dedicábanlo al no vivir, esperando vivir más después de muertos, en la mansión de Urano, cerca de Zeo.

Y eso me pareció justo. Hasta el lento suicidio de los partidarios del Galileo, me parecía bien, con la luz que llevo. Y después, dirigí sus rayos sobre unos hombres despiadados y de su modo de enriquecerse haciendo esclavos a los otros, privándolos de todo, hasta de lo más necesario. Dábanles solamente lo indispensable para que no muriesen de hambre en el acto. Pero a causa de estar a media ración moríanse casi todos. Y asi, estos adoradores de Plutón amontonaban grandes tesoros obligando a trabajar a los otros. Y a mí me parecía que tenían perfecto derecho a hacerlo, hasta cuando volvían improductivo al Genio y aherrojaban a los semidioses de la Tierra!

Ya ves porque voy en busca de una nueva luz: porque ésta no me resulta.

—¡Arroja esta linterna!... Y todas las linternas, lo mismo si son lámparas de Capilla, como luminarias de Escuela, como faroles de Foro, que yo te daré una luz sin linterna que la contenga ni limite: luz de la misma clase de fuego que para ti robé a Zeo. Ella te ayudará y te lo hará ver todo, todo tal cual es.

Y mientras eso iba diciendo, alargó el brazo por encima de las montañas, hundiendo la mano en el horizonte por el mismo sitio por donde parecía que el Sol pugnaba por salir, y llevando una luz vivísima parecida al mismo Sol, me la presentó.

Y, yo me la miré sin que me deslumbrara y sin que me hiciese daño a la vista; al contrario, lo veía todo de más relieve, todo aumentaba de valor, todo tenía color y movimiento propio. Y, yo entonces me sentí fortalecido, como si el buen Titán me hubiese comunicado sus energías.

—¡Gracias! —le dije— ¿Y cómo se llama esta luz?

—Se llama la Vida. Sólo a su resplandor podrás ver las cosas tal como son, y tal como para ti deben ser, y así podrás saber lo que es Justicia y Derecho, y Verdad posible.

¡Alzala en alto! Proyéctala sobre todo, que ella ha de renovar la superficie de la Tierra. Ya la entrevieron los sabios cosmólogos de Atenas que estudiaron la Naturaleza, y con ella el Cielo y el cuerpo del Hombre, que es lo mejor que ha producido en este mundo la Natura.

Esta luz jamás se apaga, aunque a veces tiemble y parpadee.

Y va aumentando siempre. Hasta cuando parece que va a extinguirse, es para encenderse de nuevo con más brillo.

Y ahora —¡oh Hombre— en marcha!

Y vamos a ver como está el Mundo desde que murió el Dios Pan, y el buen Galileo al ser crucificado cubrió de luto a todos los pueblos.

V

EL PARLAMENTO DEL LOCO

Habíamos llegado, subiendo desde la costa ibera de levante, a una altura, llana, desierta y desolada como una estepa toda accidentada de rocas ingentes. Allí todo era seco, duro y crudo. Era de noche. Nos detuvimos en una esplanada en la que había un castillo; un castillo viejo y ruinoso, que tenía una puerta, puerta cerrada a todo lo humano y nuevo que hasta allí llegaba, sobre de la cual, como a irrisión, había un sol esculpido. En lo más alto del castillo brillaba una corona, debajo de la que había un escudo con un leon seco, y detrás se veía la sombra de una águila desplumada.

Caminando con Prometeo, habíamos llegado allí, siguiendo a una luz que en la oscuridad de la noche parecía como si se arrastrase por la tierra. Asemejábase a una estrella caída. «Seguímosla» había dicho yo. «Ya que una buena estrella guió a los buenos Reyes hasta encontrar al hijo de Dios sobre este mundo.

Y Prometeo me preguntó: —¿Es que en este país los astros van por los suelos?

—Sí, —le respondí.— En esta tierra aterrada por la cruz los astros van por tierra, y se apagan muchas veces. Sólo los jumentos vuelan... sí! vuelan y se elevan. Y a veces, aun llegan a más alto los reptiles arrastrándose.

—¡Qué extraño es todo esto!— dijo el Titán. —Todo está oscuro, no hay luz —continuó apenado.— Sólo veo un poco, un poquito de celestia, allí de donde venimos.

Y miró en dirección al Mediterráneo.

—Allí había Rodios y Focenses —le dije— gente de la

Hellada, de donde llevaron sus artes y su espíritu. Aquí estamos en un país de bárbaros.

—Hace tiempo que por él andamos —dijo.— Llamemos a este palacio. —Y levantando la mano cogió la aldaba de la puerta del sol, y dió un golpe tan fuerte en ella, que a lo lejos hizo retumbar las montañas.

Pero la puerta no se abrió. Volvió a llamar y viendo que no respondían exclamó:

—¡Ahi dentro no debe haber nadie!

—Nadie o gente que no son nadie, —le respondí yo— podéis creerlo.

Y en esto estábamos cuando nuestros oídos percibieron el ruído de una música lejana; y pronto vimos que quien la hacía era un personaje extraño que venía tocando una dulce y modulada flauta. Era un caballero alto y gentil, de cara tan juvenil e inocente que parecía una virgen. Pero tenía los cabellos blancos como un anciano.

Iba vestido como el loco de los siglos medios, con capucha, todo lleno de cascabeles; un largo manto encarnado le cubría y por debajo del manto apuntaba la contera de una espada, que cuando él se descubría mostraba una rodela colgada de la empuñadura.

Por debajo de su vestido de loco salían mallas de guerrero, y llevaba el calzado con afilados acicates.

Hasta hubiera podido adivinarse que volvía de combatir y que de nuevo a combatir se disponía. Y en la mirada extraviada, cual si en su mismo interior se perdiera, había algo de indefinible, como si fuese un loco, o como si fuese un genio... un genio o un dios.

—¿Qué es lo que hacéis aquí?—nos preguntó con voz dulce.

—Nada—yo le respondí—mas quisiéramos entrar en este castillo... que está cerrado y que no nos quieren abrir.

—Los castillos como éste, que son palacios encastillados no se abren golpeando así, libre y fuerte. Yo, cuando venía he oído vuestros golpes de bravos atletas. Se entra en él rastreando como los lagartos, arrastrándose y escurriéndose, y silbando adulaciones como las culebras. O asaltándolos; sí! asaltándolos; pero este castillo está vacío, no vale la pena. Hace ya mucho tiempo que en su interior no hay más que

muertos o esqueletos de hombres; armaduras y armas viejas lo llenan. Y personajes más viejos y más llenos de orín que las armas. Y libros de fraile o de clérigo pedante y ergotista, y retóricas antiguas, y sofistas, y gramáticos y leguleyos, y toda clase de gente muerta... y... nada más, pero nada más.

¡Dejadlo! Y... ¡respetadlo y saludadlo al marcharos! Fué una gran cosa. Pero lo fué. Ahora no lo es. Está muerto.

Yo hago otros de mejores.

Y aunque la gente sensata los llama castillos en el aire, por eso son buenos, porque son elevados. Están todos ellos llenos de ideas, de música, de pintura que es la solidificación de la luz con formas de vida, de Ciencia...

¡Marchaos y seguidme!

—¿Y adonde vas?—yo le dije.

—¿Adonde? no lo se, sólo se que voy adelante, hacia arriba por el camino ascendente de la Vida. Voy marchando continuamente sin detenerme jamás. No hay que pararse nunca! Y luchar siempre! ¿Ya vais armados?—nos preguntó.

—No—le respondí.

—Pues sacrificados seréis. Armaos y lo mejor posible. ¡Sí! Porque encontraréis muchos malvados, y muchos animales dañinos, y hombres que aun llevan suelta y desatada la fiera dentro de sí, y se les ha de hacer buenos, y sabios, a su pesar. Sin la espada se burlarían de vosotros y os harían daño.

¡Armaos! ¡Armaos! Indefensos, desarmados, vuestra luz se apagaría.

Y Prometeo murmuró: «Tiene razón, por eso los sayones de Zeo amarráronme al Cáucaso».

—La estrella no os conducirá a parte alguna—continuó.— La más segura es la que uno lleva en sí mismo. Si es que alguna lleva.

Yo llevo la más grande; por eso siempre voy adelante, cantando, contento, cambiando de formas y de vestidos.

Cuando quise ir solo con mi estrella, pero desarmado, fuí sacrificado, y siempre mi premio fué el martirio. Pero ahora voy armado, ¿no veis? (y separando su manto nos mostró su espada, las mallas y su escudo). Y también llevo dinero, sí, dinero (y nos enseñó un puñado de oro que había sacado de su escarcela). Y así, iluminado por la estrella que en mí ful-

gura, todo el mundo es mío, sí, todo el mundo que está ante mí!... Tengo una fuerza!...

Cada vez que hablo me llaman loco; siempre soy joven al presentarme, y en mí no reconocen que soy el mismo caminante de siempre. Lo que yo hago, cáusales horror cuando lo hago, adorándolo después; y lo declaran inviolable cuando ya es muerto, y lo santifican porque ya tompoco tiene vida; y entonces, vuelvo de nuevo para destruirlo y volver a crear, y me persiguen y me llaman loco.

Me oponen siempre lo que en otro tiempo he hecho, cuando ya se ha desprendido el espíritu y es sólo un encogimiento de formas o un frasco vacío del que ya esencia se ha evaporado.

No saben enterrar a los muertos; los adoran y enaltecen porque son muertos. Sólo unos pocos me comprenden, aunque muchos síguenme deslumbrados por el brillo de mis vestidos.

Cambio de formas, de vestidos y de personalidad. He tenido muchos nombres: he sido Veda, he sido Zavana, he sido Esquilo, Sófocles, Aristófanes; he explicado el Universo con los Jónicos, me he llamado Demócrito, Anaxagoras, me he llamado Aristóteles.

Al retirarme de la presencia del Cristo que se acercaba he sido Epicuro; y cuando luchaba con sus sectarios fanáticos de la Muerte, que hasta habían llegado a inventar el cantar triste, me llamaban Juliano, y a pesar de ser Emperador y sabio nadie me obedecía. Me han muerto muchas veces, pero siempre vuelvo a vivir. No pueden matarme porque soy la esencia, el espíritu de la misma Vida que tiende a ensancharse y a sobrepujarse siempre.

Cada vez que me han muerto he vuelto a renacer más grande. En el Renacimiento inventé la Imprenta a Germania; el paganismo que el Cristo había enterrado, ya en mí no existía. Glorifiqué al Hombre por medio de la pintura. Grecia conoció un principio del Apoteosis de la Carne, y yo hícelo aparecer magnífico y exuberante a Flandes, poco tiempo después que los soldados e inquisidores del Cristo la cortasen y quemasen para hacerle ofrenda.

En Italia hice encontraran que el planeta Tierra, en el que estamos, era redondo, que daba vueltas al rededor del

Sol, lo que desconocían los grandes sacerdotes del dios judío. Eran como él ignorantes, y quisieron decirme lo contrario, mas la Tierra continuó girando en la órbita que yo le había descrito.

Hice de todo cuanto hasta entonces se sabía, un inventario, y tirando a rodar a todos los principios del viejo mundo, temblar a los altares; y con esta flauta (la enseña) toqué la carmañola y renové la Europa. Hoy, o de grado, o de por fuerza, hasta los reyes me obedecen, o sino caen. Sólo se mantienen firmes bailando al son que yo toco.

Abrome paso a través de los más grandes obstáculos; y allí donde no me dejan entrar se vuelven pobres y paralíticos. Y la Muerte extendiendo su reino todo lo descompone.

Este país en que ahora estamos, no me ha conocido, ha querido prescindir de mí; y del Imperio más grande que jamás se haya visto, hoy apenas si puede llamarse un Estado; y para... mengua... cada día más; miembros tiene que por más que los ate, ya amenazan desconyuntársele. De gigante y atlético que era, hase vuelto un muerto pequeño...

—¿Y quién eres?—le dije.

—Soy hijo del pueblo—me respondió—y soy el único, el más noble que existe sobre la Tierra. Ríos de sangre me acompañan, columnas de fuego me preceden. ¡Y marcho siempre! ¡Siempre!

Id con Dios, que aquí, por ahora, no puedo hacer gran cosa.

Y recogiendo la flauta comenzó a tocar una marcha, volviéndonos la espalda.

¿Adonde vas?—le grité.—Detente.

—¿Que adonde voy? No lo se. ¿Detenerme yo? ¡No me detengo jamás!

Infeliz del que intenta detenerme. Muere al instante.

—¡Seguímosle!—dije a Prometeo.

Y el loco ya un poco lejos de nosotros, desde una altura, volviéndose y blandiendo la espada, nos dijo:

—Yo rompo todas las reglas, anulo todas las convenciones, destruyo todos los órdenes, destrozo todos los moldes, hago caer en desuso todas las reglas, soy enemigo jurado de la rutina.

Abro nuevos caminos y la Vida aparece; pero los imbéciles siguiendo los caminos que yo he abierto, los regularizan y los orillan con paredes, creyendo de esta manera obtener la Vida, sin ver que así la Vida se escapa; sólo encuéntrase surcando la tierra, abriendo nuevas vías por allí donde todos creen que la vía no es posible... ¡No me sigáis! Para seguirme no me habéis de seguir, sino abriros camino vosotros mismos, por allí donde el corazón y el intelecto os lo indiquen.

Y recogiendo de nuevo la flauta continuó tocando: *tururu-rut-tut-tut!* y se marchó perdiéndose a lo lejos al atravesar la sierra.

Yo, atónito, pregunté a Prometeo:

—¿Qué os parece de este loco?

Y el buen Titán respondióme:

—Que es de origen divino. En Atenas lo adoraban. Es hijo del mismo espíritu de la Sabiduría con el aliento de la Vida, tiene de Hércules y de Palas. Es el que produce todo lo grande de la Humanidad. Y yo entonces, comprendiendo quien era exclamé:

De su marcha sobre la Tierra, hoy se le llama el Progreso.

París, 1898.

LA DIGNIDAD HUMANA Y EL CRISTIANISMO : :

LA DIGNIDAD HUMANA
Y
EL CRISTIANISMO

Todo error en la teoría produce una calamidad en la práctica.

POMPEYO GENER

Se ha sentado por ciertos escritores que la dignidad humana, ultrajada por el Paganismo, el Cristianismo la reivindicó. ¿Qué hay de verdad sobre esto?

Examinemos la cuestión, presentando lo que significa la evolución pagana en la historia; veamos lo que fué en sí, y en qué situación puso al Hombre la evolución cristiana; y de la comparación deduzcamos la consecuencia.

Para nosotros el Cristianismo, substituyendo la Providencia a la Fatalidad, sólo fué una protesta, sólo fué un movimiento exagerado y contrario al Paganismo, que obró como impulsado por la ley del péndulo, el cual, desviado en un sentido, no se para en el centro, sino que exagera una oscilación en un sentido opuesto. Esto hizo que, aunque envolviera en sí el sentimiento de la Justicia, ésta no se realizara, efecto de su error de cálculo.

Bajo la ley de la Fatalidad, el Hombre antiguo se sometía a lo que le dominaba. La Justicia existía o no; pero aun cuando existiera, acataba el hado calculándolo como algo absolutamente superior a él e ineludible; sólo preponderaba el hecho: el *Fatum* era omnipotente. El Cristianismo se levantó y dijo: «¡Esto es injusto! El Hombre no debe estar dominado por la Naturaleza». Pero en vez de proclamar la Justicia como una relación humana; en vez de decirle: «No hay Justicia, pero debe haberla y tú debes realizarla»; le dijo: «No hay Justicia, pero resígnate, que te la harán. Si no la obtienes acá en la Tierra, es porque pecaste —pues habiendo Providencia, sólo se comprenden los males como castigos.— Reconcíliate con tu Creador, y la justicia te será hecha». Y, en lugar de enseñar al Hombre a progresar por el trabajo, exclamó: ¡Ora y espera!»

¿Fué otra cosa esto que prolongar el *statu quo* bajo una forma peor?

La dignidad del Hombre fué proclamada, pero nada más. ¿La tuvo? No, pues se la subordinó inmediatamente a lo absoluto; se centralizó la Justicia fuera del espacio, y, al hacerla trascendental y ultramundana, se la hizo imposible.

En la Edad Antigua, el Hombre, en pos de gloria, o para defender su patria, lanzábase a la lucha, y, una vez vencedor, oprimía al vencido, que uncía a su carro triunfal; porque, bajo la ley de la fatalidad, el vencido no era un Hombre, era una cosa, y, por lo tanto, habiándola adquirido el vencedor, podía disponer de ella a su antojo, era su propiedad, la podía vender, la podía destruir, tenía sobre ella el derecho *utendi et abutendi*.

En la Edad Media el Hombre reflexiona, conoce que se extralimitó y retrocede; pero tanto, que sólo se atreve a postrarse de hinojos y exclamar: «*¡Miserere mei Domine!* ¡Mise-

ricordia, Señor! Y tras de la época del pecado viene la época de la penitencia, y el Cristianismo renuncia a la Vida que para él es condenación eterna.

Así, el Cristianismo, queriendo corregir la sed de gloria del pagano, que atentaba a la dignidad humana, predicó humildad y mansedumbre y atentó a ella en diverso sentido. Abolió el esclavo y creó el siervo. ¿Emancipó al hombre! No; ni tan sólo le hizo adelantar un paso en el camino de su emancipación.

El cristiano fué esclavo voluntario, así como el antiguo sólo lo fué forzado, y la esclavitud continuó bajo una faz distinta.

Dentro de la ley cristiana, el Hombre tan sólo debe hacerlo todo para servir a Dios *«Ad majorem Dei gloriam»*. Debe considerarse indigno de todo, y debe afectar una humildad tan degradante, que bien pronto le conduce al servilismo con el nombre de *santa obediencia*.

El cristiano no tiene derecho alguno; tan sólo tiene el deber de bajar la cabeza y pedir perdón. Lleva en su cuerpo el origen de la culpa: si se libra de ella es sólo por la divina gracia. La conciencia, iluminada por el saber, es declarada impotente; el Hombre, por sí mismo, tan sólo puede errar. Porque el cuerpo le condujo a la pasión, y de ésta al sensualismo, se le echa el sambenito; la carne es declarada infame, y por lo tanto objeto de mortificación para sujetarla así al espíritu. El Diablo debe ser encadenado delante de Dios. Tal es la solución cristiana de ese dualismo. De aquí el que el verdadero cristiano, el asceta, se aisle del mundo, no quiera que el exterior impresione sus sentidos, atienda sólo a la vida interior (sin ver que ésta sólo es representación de aquélla), y le sobrevenga la carencia absoluta de ideas reales y el más completo embrutecimiento, con la excitación cerebral, el desarre-

glo nervioso, y su consecuencia; el iluminismo, fuente de todos los milagros.

El Cristiano ve las injusticias; y, así como el antiguo, si las sufría era porque no las veía, él las sufre con resignación, y así las perpetúa. «La vida es valle de lágrimas, —dice.— El Hombre, un desterrado. Cuanto más pronto se pase el destierro, mejor». Y de aquí el menosprecio de la Vida y de los fundamentos sociales, Ciencia, Arte e Industria. «¿Qué me importa el saber si con creer me basta? ¿De qué me sirven las comodidades sino de regalo al cuerpo y, por lo tanto, de condenación eterna?»

Y, así discurriendo, permanece en el quietismo y retarda su justificación sobre la Tierra, pues para él aquí no es posible; sólo la tendrá al abandonar su cuerpo, formado de vil materia.

El gran monumento del Cristianismo es la Catedral. Entrad en él: contemplad sus inmensas naves perforadas por ojivas, las cuales sólo permiten que la luz cruce las tinieblas, que albergan en su interior, amortiguada por los vidrios colorados de sus ventanales; observad esos Cristos demacrados y lívidos coronados de espinas, desgreñados, todos llenos de llagas, que muestran el costillaje debajo de su piel verdosa, a cuyos pies está la Virgen angustiada llorando lágrimas de sangre; ved la luz trémula y ondulante de las lámparas brillar en el espacio aisladas, cual si fueran almas en el limbo; oid el terrorífico canto del *Dies Iræ,* que entona el coro acompañado de los graves acordes del órgano; y decid si todo esto no sobrecoge y aterra.

«La Catedral —se ha dicho— es grandiosa, sublime». Es cierto, pero su grandiosidad es la de la melancolía, su sublimidad la del terror. Y si investigamos por qué el católico construyó estos edificios tan grandes y sombríos, si buscamos

por qué prefirió la obscuridad a la luz, el canto llano a la música, la quietud al movimiento, veremos que todo esto no es más que el resultado de que, por el mero hecho de ser Hombre, ya se consideró pecador, y de consiguiente culpable, pues la culpa la heredó al nacer con el pecado original; encontraremos que al católico le es necesario entregarse al rezo, porque su religión, en lugar de fortalecer al hombre y de hacerle ver lo que vale la colectividad a que pertenece; en lugar de enseñarle que no es perfecto, pero sí perfectible, le ha dicho que era un criminal que tenía el breve plazo de su vida para expiar la culpa que llevaba desde que tomó cuerpo en este mundo; le ha predicado el ayuno, la mortificación y la penitencia: y el cristiano se ha cuidado poco de sí y de su especie, procurando tan sólo salvar su alma en virtud de su egoísmo transcendental, y ha levantado el templo, o sea la antesala del Paraíso, en las condiciones más a propósito para que el mundo no interrumpiera sus oracioues excitándole su inteligencia.

De esta manera la rehabilitación de la especie humana se pasó en figuras; en lugar de plantearse la Justicia se la formuló en símbolos; la dignidad humana, ultrajada, por los Césares, si se prometió reivindicarla, fué en el otro mundo. La igualdad se proclamó, pero sólo delante de Dios. Y, entretanto, la única realidad terrestre que nos quedó fué la mortificación, y el trabajo como signo de nuestra supuesta maldad nativa.

¡Sí! el trabajo también fué subordinado a la misma idea; fué considerado como el castigo del pecado original, como un estigma impreso sobre la frente del Hombre por su criminalidad innata; fué el sello de infamia echado sobre la Humanidad por el Todopoderoso.

Así se le definió diciendo, que era la falta de armonía exis-

tente entre la Tierra y la organización humana de parte de la Providencia, para que el Adán rebelde tuviera que hacer brotar los medios de su subsistencia regando el suelo con el sudor de su rostro. Por esto el ocio místico fué considerado como el estado de mayor perfección y el noble rehusó el trabajo por vil e infamante.

Y ahora preguntamos: ¿Provino de otra cosa todo esto que del error especulativo que acerca de la naturaleza del trabajo hizo concebir el pie forzado de la Providencia? A no haber sido por la teoría providencialista, se hubiera visto que el trabajo es el resultado lógico de la misma organización natural; que el animal debe trabajar para construirse su guarida, nido o agujero, lo mismo que para procurarse el alimento, y si no trabaja perece; que, cuanto más superior es el animal, sus necesidades son más y más exigentes, y de consiguiente mayor y más perfecto debe ser el trabajo que emplee para satisíacerlas; que en la especie humana, que es la cúspide de la Naturaleza, el trabajo debe ser de un orden superior, tanto más cuanto más inteligente sea el individuo que lo practique; que el trabajo, en lugar de envilecer al Hombre, es el único medio que tiene para satisfacer sus necesidades y perfeccionarse; que por él se emancipa moral y materialmente; que con él domina la Naturaleza, la pone a su servicio y se libra así de la fatalidad terrible.

No es el trabajo pena impuesta ni producto de un deber, sino una producción, una creación natural, forma y exteriorización de las humanas energías en el individuo sano y fuerte, fuente de placer, multiplicador de la Vida, si se practica expontáneamente en el sentido de las propias inclinaciones.

Pero la idea católica lo había hecho gerárquico, opresivo y degradante, y, para que el siervo lo soportara, fué preciso elevar a deber la obediencia y la resignación, matando así en

él toda iniciativa individual y toda idea de emancipación posible. Se le inculcó que las diferencias humanas eran providenciales, y que por lo tanto debía resignarse con su suerte y obedecer a sus superiores jerárquicos.

¡Obediencia! ¿Qué significa esta palabra en la acepción teológica?

Ni más ni menos que la abdicación de nuestra autonomia, que es la negación más rotunda de la Justicia, la cual reclama que el Hombre no sea opresor ni oprimido, que no pese sobre sus semejantes, pero que tampoco abdique de su manera de pensar delante de nadie. Así, la dignidad propia es garantía para la de los demás; pues el que humilla al género humano en su propia persona mal podrá respetarla en la de los otros; los avaros acostumbran a serlo hasta para sí mismos; los miserables se engañan a sí propios; los crueles lo son con su propio cuerpo.

Tan funesta como la *santa obediencia* fué para la Humanidad la resignación católica. Ella hizo posibles todas las tiranías, ella sancionó todos los abusos, ella condujo a la abyección y a la miseria.

Cuando el Hombre es dominado por fuerzas superiores a él; cuando ha luchado con todo su esfuerzo, pero en vano, se comprende que sucumba, sin desesperación, pero protestando, como el Prometeo griego, para que alguien recoja la protesta y continúe la obra en la cual empleó sus esfuerzos y no pudo llevar a cabo. Mas antes de sucumbir debe luchar, debe estudiar los medios que tiene a su disposición (que son muchos); y el que lucha de una manera tanto más inteligente cuanto más formidable sea aquello contra lo cual ha de combatir, el que lucha con el valor de la convicción y la seguridad del cálculo, podrá ser vencido una, dos o tres veces, si se quiere; pero, al final, de seguro que la victoria será suya.

MORFOLOGÍA DE LA IDEA DE LA DIVINIDAD EN LA MENTE HUMANA SUS CONSECUENCIAS

Morfología de la Idea de Divinidad en la Mente Humana

El Ateo no es el que niega los dioses de la multitud, sino el que comparte las opiniones del vulgo relativas a la Divinidad.
EPICURO

I

EVOLUCIÓN

La personificación es la primera figura poética del salvaje: quiere explicarse las acciones de los elementos naturales y lo hace por medio de lo más complicado, es decir, suponiéndoles resultado de una voluntad consciente. Además, estas acciones de los elementos le causan daño, lo cual hace que, como no las comprende, las tema, juzgándolas dirigidas contra su persona. Ve animales que le devoran, peñascos que al caer le aplastan, el Sol que le abrasa, el viento que le derriba, el mar que le ahoga; no conoce la causa; y, necesitando una explicación de todo esto, su inteligencia primitiva se figura que los elementos tienen acción porque tienen voluntad, o que se mueven porque hay alguien que los mueve.

Como ve que le dominan y él se halla impotente para luchar contra ellos, les rinde culto para aplacar su cólera, convencido de que, si destruye unos cuantos seres voluntariamen-

te, les satisfará, evitando así el que ejerzan acción alguna en contra de él.

El pueblo salvaje, pues, empieza a adorar seres superiores a él, (seres que él mismo se forma), impulsado por el temor a aquello que le puede dañar, para que no le perjudique, dando origen así al Fetichismo. que es como si dijéramos un boceto de Religión.

Aumenta el instinto de sociabilidad, aparecen las primeras Civilizaciones, se observa algo la Naturaleza, se ve que todo es activo, se supone todo resultado de un Ser universal que toma varias formas, y nace el *Panteísmo* Indio concediendo alma hasta a cada átomo para verificar sus acciones, cuya alma es una pequeña parte de la Gran Alma Universal o sea del Dios Todo (1).

Por efecto de especulaciones analíticas en una raza maravillosamente dotada del sentimiento de la forma bella, viene después con las razas helénicas el *Politeísmo*. Se personifican las diversas maneras de presentársenos la Naturaleza, se origina una Mitología antropomórfica y el culto de la forma viene a ser la esencia de la Religión pagana.

Encárnase en los pueblos Judío y Arabe (2) el *Monoteísmo*, y el Dios del primero viene a ser la personificación de la fuerza brutal de la atmósfera: sólo se le comprende lanzando rayos, enviando guerras, produciendo hambres y extendiendo pestes, para castigar así colectivamente a todos los Israelitas por sus desobediencias.

Predica Jesús su doctrina, dando a la idea de Dios una

(1) Los panteístas modernos son el reverso de los antiguos; aquéllos concedían un alma animando al Todo y éstos creen que el alma y la conciencia sólo es un resultado del Todo.

(2) Mahoma tomó sus teorías monoteístas de un monje nestoriano que encontró en una feria de la Siria, cuando tenía sólo catorce años, así el Islamismo resulta un Cristianismo de reflejo.

tendencia humanitaria, y adquiere discípulos con los cuales trabaja para fundar una moral enteramente nueva; se extiende el Cristianismo después de las persecuciones inherentes a toda idea que nace; llega con Constantino a ser una religión del poder, perdiendo su primitiva forma; sigue propagándose, y domina por fin la Europa entera en la época en que un Rey regala a un Papa un reino usurpado, con tal de que este le haga el ungido del Señor. Queda la sociedad esclava de este régimen de cosas gracias al rigor desplegado contra la libertad de pensar, y se le imponen las más absurdas teorías teológicas. Al primer conato de ataque al dogma, la nobleza del Norte y el clero se levanta el impío, viniendo la Cruzada Cistercense a destruir la herejía colectiva y la Inquisición la herejía individual.

Es de observar que hasta aquí se ha ido concentrando y reduciendo la idea de Dios hasta llegar al Monoteísmo. Bajo la forma católica, éste, va descomponiéndose; se conoce mejor la Naturaleza; se explican los fenómenos en virtud de leyes o sean relaciones adquiridas por la observación y la idea de Dios va disminuyendo sucesivamente en atributos. Empieza su decadencia la época en que la Humanidad despierta del sueño profundo en que yacía; y, tras de la noche de la Edad Media, con los albores del Renacimiento se inician los primeros tanteos de emancipación intelectual.

En esto surge el Humanismo; el Catolicismo se corrompe, hay Papas que juran por sus dioses, y la Religión anda mezclada con la crápula.

Viene la Reforma, ataca la autoridad de la Iglesia, sienta que todos los hombres tienen el derecho de examinar e interpretar las Sagradas Escrituras, y se plantea resueltamente el Libre-examen. Después de la protesta de los reformados, el Catolicismo vuélvese duro apoyado por los reyes de la casa

de Austria desde España. Resurgen los Epicúreos en Francia e Italia; Campanella y Gassendi enseñan en París, y aparece la duda cartesiana y las profundas genialidades de Cyrano de Bergerac, que niega el que la idea de Dios resuelva ante la razón el problema del origen de las cosas, la inmortalidad del alma, y un sin fin de ideas de moral cristiana aceptadas en su época como indiscutibles; no ocurrriendo nada de particular hasta el siglo XVIII, en que aparece la Enciclopedia.

Se recopilan todos los trabajos científicos dispersos, se toma inventario de todo lo hecho hasta alli, se filosofa sobre los restos de sociedades pasadas, y, partiendo de esto, se empieza a atacar al Antiguo Testamento y al dogma católico. Se hace ver que Moisés era un dictador del Pueblo judaico, al cual tenía sujeto por medio del terror y del engaño, valiéndose de diferentes medios naturales para aparentar que obraba milagros; se empieza a analizar el Génesis, y se ve que sólo era la recopilación de los conocimientos y creencias de aquella época, conocimientos que, como todo lo humano, estaban sujetos a equivocación y de consiguiente a ser reemplazados por el resultado de ulteriores observaciones; se considera a Cristo un reformador sublime, que, predicando el Amor, en lo concerniente al sentimiento y a la moral, adelantó infinito, pero que era Hombre, y que no modificó las ideas sobre la constitución y origen del Universo vertidas en los libros judíos; se estudia la naturaleza humana, se conocen sus necesidades, se fijan sus derechos y se reivindica su dignidad, que había sido subordinada a lo absoluto por todas las Religiones; y, por fin, la consecuencia de la Revolución en las inteligencias viene a ser la Revolución en las calles. La Revolución Francesa, aunque hija de la Enciclopedia, se presentó intolerante como no podía menos de suceder, pues la explosión siempre corresponde a la presión, y la intolerancia absolutista debía

producir la intolerancia revolucionaria. Fué sólo la segunda parte del Cristianismo, un Cristianismo de enfrente.

El estado proclama el culto de la Diosa Razón tan tiránico como el del Dios de los ejércitos, y esto es causa de que venga la reacción deísta con Robespierre y, en nombre del Ser Supremo se lleve a los sabios librepensadores a la guillotina. Un delirio sanguinario se había apoderado de la Nación francesa.

A principios del siglo actual, Laplace compone una gran obra de astronomía en la cual describe la formación y mecanismo de todos los Universos; la presenta a Napoleón I; y, al ser preguntado por éste por qué en toda la obra no hablaba una palabra de Dios, le contesta que para explicarse la gran máquina sideral no había tenido necesidad de tal hipótesis.

Viene la Restauración en Francia y el Constitucionalismo en el resto del continente europeo; y, dentro de este régimen ecléctico y doctrinario, empiezan los ensayos de conformación entre la Ciencia y el Génesis. Se atacan los argumentos de los enciclopedistas, yéndose a la Ciencia, como a un arsenal, a buscar armas para defender la fe, partiéndose en todos estos ensayos de ideas preconcebidas, apoyadas en interpretaciones acomodaticias de la geología; se da forma naturalista moderna a las viejas afirmaciones del Antiguo Testamento; y se lleva esto tan allá, que se llega a hacer adular a Moisés por los mastodontes, según la gráfica expresión de Victor Hugo. Pero la Revolución intelectual, que parecía muerta, no estaba más que sofocada, y no tarda en aparecer de nuevo el método científico *a posteriori;* se descubren nuevas leyes; la cosmografía y la geología adelantan hasta el punto de poder describir la formación de los diversos planetas, y la de la Tierra en especial; se forma la serie zoológica, llenándose los vacíos que dejan entre sí ciertas especies, con animales fósiles, cuyos restos han sido descubiertos; adelanta terreno la teoría de que la animaliza-

ción, lo mismo que la vegetación, son tan sólo dos evoluciones que se equilibran, pero evoluciones necesarias y fatales en el globo, demostrado su movimiento; y, después de muchas controversias, se obliga a los deístas a refugiar su Dios detrás de las causas naturales. Ya es sólo, para unos, *la causa inicial del movimiento;* ya es, para otros, *la razón de ser de la progresión constante;* ya no es inmóvil; ya no tiene representación exterior; y Ernesto Renán viendo que todo continuamente se perfecciona y considerando a Dios perfección la suprema, exclama: «*Dios se hace*», mientras que Spencer lo llama el *Incognoscible*.

Vienen los fisiólogos, y, apoyados en la química orgánica, que se ha desarrollado extraordinariamente, dan a conocer interesantes experimentos sobre fisiología cerebral. Los físicos más eminentes, tras de muchos experimentos, conciben y prueban que nada se pierde ni se gana, ya sea en materia, ya sea en movimiento; que nada se crea, pues tan sólo existen cambios de forma; y se sienta que el calor, la luz y la electricidad son movimientos de los cuerpos, ondulaciones análogas a las del sonido, distintas sólo en rapidez y amplitud.

Los principales naturalistas alemanes primero, y después los de los demás países, sienten que no puede existir fuerza o acción separada del cuerpo agente, como no existe ni puede existir peso separado del cuerpo pesado, ni tampoco calórico sin substancia caliente; en una palabra, que no tiene razón de ser la propiedad como substancia o entidad aparte.

De todo esto, se induce que materia y fuerza son dos meras abstracciones, y que lo que existe en realidad son sólo actividades en evolución perpetua, lo cual produce el organismo universal. Se concibe que, no pudiendo ser creado ni un sólo átomo, ni comunicado el más leve impulso del exterior, el conjunto, el total, ha existido, existe y existirá siempre, siendo de

consiguiente, en el espacio, infinito, y, en el tiempo, eterno.

Llegado a este punto, como se ve claramente, si por Dios se entiende un ser exterior y creador de la Naturaleza, el naturalismo niega su existencia, considerándole como un producto de la razón humana, el cual es la síntesis de las creencias de la sociedad que lo concibe.

El naturismo moderno ha venido formado por tres escuelas: la *panteísta,* la *positivista* y la *materialista.* Los panteístas, por mero apego al nombre, exclaman: «El conjunto, eterno e infinito, o sea el todo activo, es Dios». Los positivistas dicen: «Ya que Dios es una hipótesis que nunca pasará a tesis, porque no puede afirmarse ni negarse, pues la inteligencia humana sólo puede apreciar fenomenalidades, no nos ocupemos de ella, y sí sólo de lo natural y de lo humano, o sea de todo lo que está en la serie del Universo que cae bajo el dominio de nuestros sentidos». Los materialistas afirman: «La creencia en Dios concluye con lo sobrenatural al empezar el exacto conocimiento de la Naturaleza, Dios, o los dioses, han sido, según los teólogos de todas clases, causa, providencia y límite del Universo, es así que el Universo no tiene causa, pues es eterno, ni límite, pues es infinito, ni providencia, pues es activo de por sí: luego Dios no existe».



Esta es, pues, en resumen, la Historia de la idea de la Divinidad.

Empieza de una manera imperfecta bajo la influencia del miedo a las acciones de la Naturaleza, y da origen al *Fetichismo.* Viene el *Panteísmo* (todo Dios); luego el *Politeísmo* (muchos dioses); después el *Monoteísmo* (un Dios), que comprende el *Judaísmo,* del cual se derivan el *Cristianismo* y luego el

Mahometanismo. Jadaísmo y Mahometanismo se quedan estacionarios, y el Cristianismo se descompone en *Protestantismo* (que niega la autoridad de la Iglesia); *Enciclopedia* (que niega la Divinidad de Cristo y ataca a la Biblia); *Deísmo* (creencia en un Dios no personal iniciador de la Naturaleza o razón de ser del movimiento eterno); y *Naturalismo* (que niega a Dios como a causa exterior a la Naturaleza misma o que lo considera un mero nombre, una hipótesis con la cual se designa lo que jamás podrá ser comprendido, y que por tanto no puede ser objeto de la Ciencia).

II

CONSECUENCIAS

El barón de Feuerbach ha dicho: «Dios es una utopia que la Humanidad no puede ya tolerar por más tiempo». «Dios es el mal», añadió Proudhon. Y otros revolucionarios han exclamado en estilo más sentimental que reflexivo: «Dios es la fuente de todos los errores, la causa de la perpetuación de nuestros males, la sanción de las grandes injusticias, el origen de toda inmoralidad en la Historia».

La sociedad, contemplándose a sí misma en el espejo de su conciencia, ha creído un ser distinto lo que tan sólo era su propio espectro, y, tomando el efecto por la causa, ha dicho al Hombre: *Eres hijo de Dios,* cuando Dios era lo que había sido formado por el Hombre.

Como ya hemos dicho, todo pueblo primitivo por miedo a los agentes de terrible naturaleza exterior, y, para que no le dañaran, creyéndolos conscientes, los adoró y engendró el Fetichismo. Las razas helénicas primero, y las latinas después, deificaron sus abstracciones, a las cuales el Arte dió forma humana para hacerlas comprensibles. Las tribus judaicas, embrutecidas por la servidumbre, reconocieron por imposición a un Dios cruel y vengativo, autor de pestes y guerras. Los cristianos, humanizando la idea de Dios y divinizando a un Hombre, cayeron en pleno misticismo; y, por fin, viene el deista, y concibe a su Dios sin atributos, como causa o razón

de ser de todo lo creado. De modo que el Dios varía según varía el Hombre.

Esta concepción en la Ciencia, sólo ha sido un instrumento dialético, inútil ya hoy día, o, lo que es lo mismo, la suprema hipótesis que ha explicado todo aquello a lo cual la ignorancia del Hombre no hallaba la razón de ser. De modo que la palabra Dios, en Ciencia, ha equivalido siempre a *no sé*, es decir, a la negación de la misma.

Como consecuencia lógica de tal hipótesis han venido las religiones (sistemas con organización práctica para cultivar los deísmos de que dimanan), las cuales han perpetuado la ignorancia para hacer necesarios a sus respectivos dioses, y lo que sobre ellos formulaban como verdades absolutas.

Esto en el terreno científico; pero en el social, ¿de qué ha servido?

El Dios supone dogma; el dogma tiene la pretensión de encerrar en sí la Verdad absoluta; y, dada la Verdad absoluta, ya no hay que experimentar ni calcular: La Ciencia está de más y la Filosofía es inútil: con observar el dogma, basta y sobra.

Pero la Razón protesta: la Vida es activa, el entendimiento humano es progresivo, el Hombre necesita perfeccionarse, y, hallándose enfrente de la religión inmóvil, sobreviene el dualismo, y con él la guerra.

No pudiendo progresar ni transformarse, pues créese la Verdad absoluta inamovible, la religión dice al Hombre: *cree;* el Intelecto humano le responde: *pienso;* y se traba una lucha que sólo puede terminar con la desaparición de uno de los combatientes.

Así es que el individuo que vive en el seno de una religión sólo tiene dos caminos: la rebelión o el embrutecimiento; sólo puede ser estúpido o excomulgado. Porque la religión exige

al Hombre que abdique su voluntad, su dignidad *(Domine non sum dignus)*, su personalidad, en aras de una segunda conciencia que le forma para que soporte la gran pirámide de gerarquías artificiales que sobre él pesa, cuya cúspide es el *Todopoderoso*.

Sí: mientras el Hombre tenga por norma de acción el mandato de lo alto, comunicado por un sacerdote, no juzgará por sí mismo; y, mientras no obre en virtud de sus juicios inductivos, no habrá libertad posible; sólo será un miserable instrumento al servicio de la teocracia de la religión a la cual se haya afiliado; su inmoralidad será tanto más profunda cuanto mayor sea el celo que tenga para servir a su ídolo, es decir, cuanto mayor sea su religiosidad. Al creyente todos sus actos le parecerán justos, por criminales que sean, con tal de que estén dirigidos *ad majorem Dei gloriam;* pues de un principio, como la idea de Dios impuesta en concreto, que todo lo explica y todo lo justifica, todas las consecuencias son legítimas.

O, si no, abrid la historia y leedla. En nombre de un dios, todo pueblo primitivo ha inmolado sus víctimas; en nombre de Jeovah, el pueblo judaico asesinaba a sus enemigos; en nombre de Júpiter, se echaba a los cristianos a las fieras en los circos; en nombre del Cristo, se ordenó la gran matanza de Jerusalén, en nombre del mismo se verificaron las degollaciones en las juderías; en su nombre, los frailes y cruzados de Montfort devastaron a Alby; en nombre de Dios, la Saint-Barthélémy; en nombre de Dios, las quemas del Santo Oficio. ¿Qué más queréis? ¿No fué en nombre del Ser Supremo que Robespierre hacía funcionar las guillotinas?

Dios, el dios personal, el dios positivo, la Verdad en sí, el de la Justicia absoluta, el de los ejércitos, el que extiende pestes, ocasiona guerras, envía hambres y fulmina rayos, el que

crea infiernos, el que castiga a Prometeo, permite que sufra Job y destierra a Adán del paraíso terrenal, bajo cualquier forma que se nos presente, Pan, Brama, Mitra, Júpiter, Jehová, Alá, Todopoderoso o Ser Supremo, no puede ser sino causa de guerra, discordia, miseria, inmoralidad e hipocresía, en una palabra, no puede ser sino el enemigo del individuo humano, y, por lo tanto, la Humanidad debe rechazarlo con todos sus misterios y religiones, con todos sus templos y sacerdotes.

¡Oh Suprema personificación, la Ciencia ya no te necesita, pues no le sirves para explicar los fenómenos; la Filosofía te rechaza, pues como instrumento dialéctico ya eres inútil; la Justicia te es contraria, pues has desarrollado por doquier injustas jerarquías; el trabajo se organiza a pesar tuyo; ya no inspiras el Arte; tu reinado se acaba; vas o ser enterrado en el panteón de la Historia, pues la Humanidad, cansada de esperar en tu providencia, pasa a proveerse a sí misma.

***

¿Es que la Ciencia destruye el universal misterio, ni que esto se oponga al progreso de la Vida?

No lo creemos. La Ciencia, en su progresión constante, sólo puede conocer encadenamientos de fenómenos, series fenomenales. El noumeno le es *incomprensible*. El Intelecto humano es limitado y no puede comprender el Todo; la única realidad afirmable es la apariencia, la representación cósmica que en él se pasa. Sólo sabemos, que, al final de todo, la Verdad absoluta no es objeto de la Ciencia.

Formamos parte de un compuesto activo en evolución con-

tinua, he aquí la más universal de nuestras leyes; y la consecuencia es que la moral es la Vida, el impulso progresivo, el desarrollo de esa actividad interna que sale de lo profundo de la existencia, y no su cohibición, su destrucción, su anulación en nombre de un Todopoderoso. Si a ese incomprensible, a ese misterio, si se le quiere llamar a eso que no cae, ni puede caer nunca por entero dentro de los límites de nuestra inteligencia a eso que es eternamente vivo, omniactivo y omniforme, si a eso que siempre tiene un más allá, un más alto y un más profundo, si a eso se le quiere llamar Dios, no nos opondremos por cuestión de nombres, pero fíjese bien la idea para no deducir de ella consecuencias erróneas. Entiéndase que Eso no es el Dios a imagen del cual fué por El creado el Hombre; que no es el Dios de la Biblia que maneja la Naturaleza, de la cual está separado, produciendo sus transformaciones como un director de escena cambia las decoraciones de un teatro; no es el Dios de ninguna de las religiones positivas que se creen en posesión de la Verdad absoluta, ni siquiera el Dios abstracto y metafísico de los deístas. No es providencia más que de total energía; no gobierna el Universo en beneficio de sus creyentes; nada, nada de eso. Es el Todo, el incomprensible del cual salen todos los seres, todas las formas, todas las cosas; es lo que no podemos saber ni sabremos nunca. Y sus dictados sobre el planeta Tierra son: la actividad, la organización, la vida ascendente; y su manifestación superior, la individualidad humana, y de ésta, la genial y heroica. No se le puede juzgar por ninguna facultad o atributo humano; no pide la sumisión y la obediencia a sacerdotes que él inspire: nada de esto. No consagra verdades absolutas, ni dogmas, ni ritos, ni fórmulas mágicas ni poderes inamovibles. No escucha plegarias ni se irrita con las blasfemias, ni con las investigaciones. Es eterna evolución, cambio perpetuo, acción, movimien-

to, individualización creciente; hunde lo viejo, destruye lo débil, absorbe lo que no tiene condiciones de existencia, para dar paso siempre a la nueva Vida. Es, como decían los filósofos del antiguo Egipcio, *el que eternamente rejuvenece;* en él vivimos y nos movemos, de él formamos parte y somos lo mejor sobre el planeta Tierra.

Barcelona, 1875.

FILOSOFÍA DE LA ILUSIÓN

FILOSOFÍA DE LA ILUSIÓN

La tendencia actual del pensamiento humano es el supremo goce de la ilusión. El hombre altamente civilizado, en cuanto considera la creación no pudiendo creer más que en la realidad de la fenomenalidad, se deleita admirándola como artista. El Universo, para él, es material de estética, es decir, un espectáculo.

Pero el genio tiende a la acción, al heroismo, hoy más que nunca, y no puede permanecer únicamente en un estado pasivo o meramente contemplativo. Y entonces quiere ser actor en el universal drama, quiere modificar, y aun producir en lo que no le parece adecuado, aquella fenomenalidad que contempla.

Mas esto les pasa no sólo a los genios, a los hombres extraordinarios; sino a la mayor parte de los civilizados que por impulsividad natural, un exceso de amor propio y falta de autocrítica se creen con fuerzas que no tienen, con organización apta, de la cual carecen; es decir, se figuran ser superiores a lo que son, y por tanto diferentes de sí mismos.

Este hecho psicológico común que cada uno puede haber observado en su propia persona, estriba en la facultad que uno posee (tanto más cuanto más imaginación tenga) de concebirse como si fuera otro diferente del que es.

El hecho de concebirse distinto de lo que uno es, en ma-

yor o menor grado, siguiendo la propia directriz de sus aptitudes y vocaciones, o muchas veces una directriz equivocada, falsa, ilusoria, constituye la base de la ilusión sobre los demás y sobre el Universo. Así uno evoca imágenes sin realidad que nos inducen a error, ya sea por nuestra felicidad, o ya sea por nuestra desgracia. Y esta clase de ilusiones no es sólo peculiar al alma individual, sino al alma colectiva, al espíritu de las razas, de las naciones, de los pueblos; ejemplo: una buena parte de España que aun se figura ser la España de Carlos V y de Felipe II. Todo gran movimiento lleva en sí su ilusionismo. Cual si fuera un gas sútil, un aire contagioso, se insinúa en todos los grados de la vida anímica, flotando como una neblina luminosa y produciendo en todas partes un espejismo que engaña a los individuos, a las colectividades, a la humanidad entera. La Revolución Francesa lo tuvo en la creencia de que todos los hombres eran iguales.

Así hay ilusionismos de nación, de región, de ciudad, de partido, de religión, de secta, de clase social, de cuerpo, como los hay de tiempo, de Revolución, de movimiento social o político, etc., etc.

Un problema parecido al que Platón exponía en el Sofista, es decir, el de si es posible en realidad un arte de simulacro. Solamente que hay una gran diferencia moral entre lo sofístico y el ilusionismo.

El sofista engaña conscientemente a los demás: es el orador o escritor de palabras huecas, de fórmulas generales sin significado preciso; de argumentaciones complicadas, vacías y capciosas, mientras que el atacado de ilusionismo es de buena fe que engaña y se engaña él mismo. Así a veces produce grandes cosas. A este género han pertenecido muchos fundadores de religiones, muchos jefes de partido, y en general todos los que se denominan redentores o emancipadores. Son

lo que Platón les llamaba, simples imitadores, pues no hacen más que imitar el ejemplar ilusorio, al cual ellos tratan de corresponder.

Y del sofista decía que es un imitador irónico, pues tiene conciencia de la falsedad, del simulacro de verdad que presenta a su adversario o a su público, para seducirlo y convencerlo de lo que él ya sabe que no es.

Pero aquí viene lo más fundamental de las cuestiones. Lo mismo la Sofística que el ilusionismo, son poderes creadores de apariencias, de simulacros, de ilusiones, es verdad; mas, ¿qué es la ilusión? La ficción de la realidad. Y ¿podemos estar seguros que la propia realidad no sea una ficción asimismo?

Esta cuestión ha sido formulada hace muchos siglos por el Induísmo, por la diléctica platonina, y modernamente por Fichte, Hume, Carlyle y la novísima escuela hiperpositivista.

El Hombre sólo puede dar fe de sus sensaciones y nada más.

Nadie puede afirmar esa realidad en el *en sí* de las cosas en que creen a pies juntos los inocentes, o mejor dicho, los ignorantes.

Un color no es tal sino en tanto que lo vemos, y así de lo demás. El barro mancha de negro un vestido blanco, y de blanco uno negro —decia un hombre de pueblo muy observador.— La realidad estriba sólo en la relación. Mirando fijamente una luz roja, si uno cierra los ojos ve manchas verdes y viceversa. Entre una multitud de hombres altos uno de mediana estatura es pequeño, y este mismo entre pigmeos resultará un gigante, etc., etc. Esta cuestión se resuelve en verdad cuando se considera el fenómeno psicológico del pensador, o mejor del conocedor, del intelectual verdadero.

Este halla el placer supremo en la plenitud del ser que produce el desdoble de sí mismo, así él es a un tiempo perso-

na pensante y persona entusiasta, a la vez que material de pensamiento y de entusiasmo. En esto consiste el supremo placer artístico. El artista es hijo de la energía creadora entusiasta. El crítico de la actividad fríamente conocedora.

Este desdoble en sujeto y objeto, constituye la ilusión madre, de la cual todas las demás van saliendo.

La humanidad no cesará jamás de evocar delante de sus ojos, ávidos de éxtasis la decoración fantástica, terrorífica o fascinadora, en la cual ella misma representará su eterno papel de actor infatigable. «Todo consiste en una ilusión perpetua» —decía la Filosofía Sakia.— «La Naturaleza real es la Maia».—*Vanitas vanitatum et homnia vanitas* —decía el Eclesiastés.— *Lo real es lo ideal.*—«Nada podemos conocer más que las sensaciones». «La única realidad fijable existe en la relación determinada».— Esta es la conclusión del hiperpositivismo que niega hasta la existencia de la materia.

El instinto Vital, todo actividad, todo impulsión, es el actor eterno del Universo y el Instinto de Conocimiento es todo contemplación, todo determinación, todo crítica, eterno espectador del Universo que en sí propio lleva.

Hay autores que consideran el ilusionismo bajo un aspecto pesimista. Un ilusionista supremo, es un Don Quijote que entra en escena poseído de un papel, el de *desfacedor de entuertos,* a causa de un estado de ilusión completa sobre todo lo que le rodea, y sobre sí mismo. De aquí todas las desgracias que le suceden, pues considera a cada cual y a cada objeto por lo que no es. Efectivamente, el ilusionismo es para ciertos individuos una causa de error y de ridículo continuo.

Y no obstante, la ilusión sobre sí mismo, y sobre el mundo, ha sido, es, y será eternamente el mecanismo necesario para que la Vida se sobrepuje eternamente a sí misma.

El fenómeno que describimos es un *ilusionismo estético.*

Esto es lo que le diferencia del Ilusionismo budista, pues el ilusionismo en lugar de concluir por la pereza mística y la inacción absoluta, para sumergirse en el Nirvana, concluye por ennoblecer la Vida y empujar a la vez a la lucha por la existencia y a la contemplación por el Placer, que es signo de Vida superior.

En vez de la conducta y de la actitud que atenúa y aun aniquila la Vida del visionario Budhista, del asceta y aun del moralista laico, filisteo y burgués, puritano, democrático o socialista autoritario, la nueva filosofía exalta las pasiones y satisfacciones a un tiempo, las energías y su acción adecuada que aceleran la Vida, la extienden, la elevan y la intensifican.

Este ilusionismo estético es al mismo tiempo una concepción aristárquica de los destinos de la Humanidad.

En lugar de la marcha lenta, obscura, del rebaño humano a través de esas llanuras penosas llenas de caídas de pecado, para llegar al fin de una felicidad beata en la inacción fría de un cielo hipotético, en lugar de la continua marcha de un rebaño por los campos iguales de un paisaje incoloro y sin relieves, de una moralidad justiciera de munición, en la que estamos marcados todos con un número, hoy la filosofía nos presenta la ascensión gloriosa de las individualidades superiores en quienes se encarnan en alto grado la voluntad, la potencia y la voluntad de conocimiento, sirviendo de guía en la ascensión a los demás que en mayor o menor grado participan de estas cualidades superiores.

Tal es la conclusión de la moderna Filosofía de la Ilusión.

Londres, 1900.

Disquisiciones Filosóficas sobre el Problema Social

¿Es el Socialismo consecuencia lógica del espíritu moderno, el fin a que tienden todos los esfuerzos y todas las actividades verdaderamente pensadoras desde que se proclamó la libertad y la igualdad, esas dos concepciones metafísicas rusonianas de los legisladores del 93?

Sí, si se atiende al espíritu, al sentido profundo de lo que la palabra *socialismo* signica.

No, si se atiende a la definición antigua y extricta de la palabra. Socialismo significaba predominio absoluto de la sociedad sobre el individuo; el derecho incondicional y permanente de la sociedad para administrar, regir y aun amoldar el individuo a lo que a ella se le antojara. Esto, que es la más grande de las tiranías y la mayor de las utopias, hoy día lo rechazan los pensadores y las masas de consuno, porque sería volver a los conventos, a la sopa negra de Esparta, al régimen de los cuarteles. Es tan utópico como aquel individualismo absoluto, soñado por los sociólogos ingleses, en que el individuo tenía todos los derechos incluso el de fastidiar al prójimo, o el egoísmo puro individual sobre el que Max Stirner funda su Filosofía.

Todos estos errores vienen de la psicología antigua que aun conservan el común de las gentes que de la cosa pública se ocupan. Nada peor ni más falso que esa lógica matemática, mecánica exacta, en el sentido literal de la palabra, que se ha

querido aplicar al Hombre y a sus agrupaciones superorgánicas, como si el funcionalismo anímico humano fuera simple y geométrico como una cristalización, recto y sencillo como la caída de un cuerpo en el espacio.

«O la sociedad es superior al individuo, o el individuo es superior a la sociedad». Este es el dilema simple que se han puesto los políticos, dilema que es una imbecilidad de tamaño natural. Es como decir: *o blanco o negro,* como si no hubiera tonos intermedios en intensidad y en color, efecto de la descomposición de la luz por el prisma.

Si el individuo fuera absolutamente perfecto, el individualismo inglés tendría razón, y lo lógico sería la Anarquía, no como la sueñan los anárquicos de hoy, sino absoluta, es decir, sin acción colectiva de ningún género sobre ninguno de los seres humanos; sin jueces, sin guardias, sin mayordomos, sin directores de taller, sin presidentes, sin arquitectos, sin estratégicos, sin ingenieros, sin nada ni nadie que imperara en lo más mínimo. Pero como no lo es, se sueña sólo, y con razón, con una cierta anarquía relativa, es decir, con la abolición de la máquina política y gubernamental; pero se desea de la colectidad que haga EN PRO DE TODOS LOS INDIVIDUOS todo aquello que éstos no pueden obtener por sí solos, y que sí obtendrán, no en virtud de ningún Estado, sino por la mera convergencia de sus energías. Así es que los pensadores modernos, ante las antiguas clasificaciones o encajonamientos, presentan la falta de lógica de ser socialistas e individualistas, a la vez, y tienen razón en serlo.

Los sistemas son para los Hombres, y no éstos para los sistemas, como se ha creído en Alemania en general. Si un sistema, a fuerza de ser lógico, es contrario a la Humanidad, vale más apartarse de él, o rechazarlo por completo, y esto es lo que pasa con el socialismo sistemático, que dando como

principio la superioridad, y por tanto, el derecho de intervención del Estado, lo hace intervenir en todo, sin ver que lo natural es tan sólo que la colectividad intervenga sólo en pro, no de sí misma, sino del propio individuo en aquello que él no se baste. En lo que es antihumano no hay derecho de intervención, y ésta disminuye a medida que el individuo avanza y es más potente.

El Estado, o la colectividad, no puede exigir el sacrificio del individuo en su favor, nunca; sólo algunas veces en favor de los demás, lo cual no es lo mismo. Así a la luz de este criterio, comparecen absurdas las religiones de Estado, las doctrinas oficiales, y aun las teorías de la mayor parte de los socialistas alemanes.

El fin de la Humanidad y por tanto el ideal de la colectividad, debe de ser el de realizar la más alta suma de cultura humana en todos los ramos de la actividad natural, en una palabra, el mayor grado de exaltación de todos los funcionamientos superiores que son en el Hombre. Y esta cultura, así como debe de ser lo más intensa concebible, debe de ser al mismo tiempo lo más extensa que se pueda. Por tanto, esta cultura sería inútil si se hallara reducida a un pequeño número o fuese estancada en favor de una clase, de una raza, de una secta, de una casta, etc., etc. El verdadero ideal de la Humanidad no se habrá realizado mientras que todos los Hombres no participen de esta perfección.

¿Qué ha de procurar la sociedad al individuo? ¿En qué somos socialistas?

Todo Hombre tiene un derecho fundamental de todos los demás, y esta teoría la hemos sostenido en varios trabajos. Este derecho es el DERECHO A LA EVOLUCIÓN de todos sus gérmenes vitales ascendentes, de todo cuanto traiga en su organismo que tienda al crecimiento de la Vida. La sociedad, pues,

le debe, desde que nace, los medios de desarrollo de todas sus aptitudes intelectuales, morales y efectivas.

La sociedad le debe a su alma lo que la madre al cuerpo: el primer alimento. La madre le da el alimento primordial, que es la leche; la sociedad debe de dárselo con la instrucción adecuada para el desarrollo de todas sus actividades vitales superiores. Y así todos podrán partir de un fondo igual, y asimilarse lo que sus cualidades les permitan, para llegar a distintas alturas, en diversos planos y con direcciones diversas.

Y como esta perfeción intelectual y afectiva no puede subsistir sin un cierto bienestar material, la sociedad le debe al Hombre la Justicia, es decir, la garantía de que se le dará íntegra la equivalencia de lo que produzca, sin que nadie tenga el derecho de detentárselo bajo ningún pretexto. Este atentado al valor de la producción individual es el ataque más feroz que se pueda cometer contra la misma propiedad que de justicia existe, y ésta se la debe de garantizar la colectividad. Hoy día, bajo mil pretextos, el que produce con su esfuerzo, más o menos intelectual, más o menos muscular, es explotado, expoliado, robado por los que a sus expensas se mantienen y aun acumulan riquezas, gentes que el Estado protege en sus agios y que la opinión pública considera como honradas. Esto es lo que ha de desaparecer, esto es lo que motiva los movimientos majestuosos de la masa trabajadora en el 1.º de Mayo, la única que tiene el verdadero sentido de la Justicia.



La sociedad o la colectividad le debe al Hombre la posibilidad de la Vida en toda su extensión y con toda su intensidad. Y no entendemos por este derecho a la Vida el mal entendido derecho al trabajo, al que se trató de dar fórmula práctica el

48 con la utopia de los talleres nacionales; ni el derecho a unos míseros bocados de pan; nada de esto. El derecho a la Vida, que proclamamos, es el derecho a la evolución de todos nnestros principios vitales en la proporción en que cada uno los tenga. Y a cambio de ello el Hombre le debe sacrificar sus actividades, su vida, a la colectividad.

Nada más sujeto a disputas, y hasta a desastres, que esos nombres que cual etiquetas marcan de una manera absoluta y definitiva los sistemas en las Academias sociales. Los verdaderos filósofos no aceptan nunca ninguno de estos nombres, pues que un nombre es un límite. Así, por lo que al socialismo toca, hacemos constar, como lógico, que no puede ser tomado e impuesto como un sistema en que la sociedad o el Estado sea omnipotente, teniendo derechos absolutos que prevalezcan sobre el individuo siempre y en todo. El movimiento moderno de emancipación, comprendido entre dos nombres tan diferentes como los de SOCIALISMO y de ANARQUÍA, nace de fuentes que nadie podrá estruncar, nace de la necesidad que tiene la Humanidad de organizarse con arreglo a la Justicia. Que para ello predomine la colectividad en un momento, o se supedite en otro, eso es secundario: la cuestión es el fin, y éste es el desarrollo integral de las facultades de cada uno, y la seguridad de percibir el equivalente de lo que produce. Llámese a esto Socialismo o Libertarismo, el nombre es indiferente, pero la cosa no; y esto es lo que ha de ser y será.

Lo que constituye la fuerza del socialismo es que es el resultado de la tendencia más legítima del espíritu moderno, y en el fondo, es todo su desarrollo. La obra empezada ya en Provenza y Cataluña en los siglos XII, XIII y XIV, y continuada luego por el Renacimiento, en el orden literario, científico, artístico y político, se resume en lo que podríamos llamar la exaltación creciente de la persona humana. Esto ha producido

diversos movimientos: el de reivindicación de los derechos de los sentidos, el de reivindicación de los derechos de la conciencia, el de reivindicación de los derechos de todas las manifestaciones externas, comprendidos con el nombre de libertad. Pues bien: aun no se han reivindicado los derechos de la inteligencia y del sentimiento, ni los de la propiedad. No hay más propiedad que la que nace de lo que uno produce, y esto nos es robado, con una sabia organización de la burguesía, bajo la protección de las leyes, y de una manera inconsciente la mayor parte de las veces por parte de los que nos roban, los cuales se figuran pertenecerles de derecho lo que no les pertenece.

Todo comerciante se creerá que legítimamente le pertenece la diferencia que va del valor real de una cosa al valor exiguo por el cual él la adquirió gracias a las condiciones premiosas en que se hallaba el que la produjo. Ninguno verá en ello un robo, un crimen, y no obstante lo es. Todo lo que sea cobrar sobre un objeto más de lo que representa el esfuerzo que el comerciante hace en procurar el cambio, robo es; y, no obstante, este robo legal es la base de la mayoría de las actuales fortunas.

El problema no deja de ofrecer grandes dificultades. De una parte hay que conservar todas las conquistas de la civilización, y por otra hay que hacer participar a todos, en la proporción que con su trabajo obtengan, de estas mismas conquistas.

La solución que se impone cada día de una manera más imperiosa, tendrá que apoyarse en dos extremos: en la mecánica, que cada día emancipará al Hombre más y más de las fatigas materiales; y en el capital colectivo, junto con los grandes medios de trabajo.

Hoy por hoy la mecánica lo que hace es sumir un sin fin

de obreros en la miseria. Ahorrando trabajo ahorran manos a los grandes explotadores, y así las máquinas sólo sirven de instrumento de ganancia particular y de embrutecimiento de la masa. No será así cuando sean de todos, pues entonces producirán un verdadero ahorro de gasto de energías, y por tanto un descanso y economía de fuerzas que podrán dedicarse al desarrollo intelectual y afectivo.

En cuanto a la organización del capital (lo tenemos dicho en otro artículo), éste será por el estilo de las grandes compañías por acciones o de las grandes cooperativas. Hace sesenta años, los que afirmaban que se podían hacer grandes cosas con la convergencia de pequeñísimos capitales, eran tratados de utopistas. Fourrier, Saint-Simon, Proudhon, han dado lugar a las grandes compañías, a las Exposiciones Universales y a otras maravillas de la asociación.

Así no nos preocupa la nueva organización. Ella saldrá, y será con arreglo a justicia, obteniendo cada uno en proporción de lo que haga. Al principio podrá ser algo defectuosa; pero se perfeccionará, pues los intereses de la Humanidad toda entera están en ella.

¿Cómo se obtendrá? Lo ignoramos. Sólo sabemos que se obtendrá: esto nos basta.

Un país, (y esto cada día más) cuanto más civilizado está, menos es en él el interés del capital. La renta viene más gravada, y así el que trabaja lo es todo, y el ocioso es casi nada. Pues a la supresión de la renta, del interés y de la herencia, es decir, a la abolición del ocioso que vive sobre todos los demás, es a lo que deben de tender todas las leyes y todos los esfuerzos, y a la exaltación del que produce, a la dignificación del trabajo inteligente, superior.

En la época actual estamos en un equilibrio inestable. Obtener el reposo, un equilibrio estable, es imposible hasta que

este gran prohlema esté resuelto. Sólo los hombres de partido creen hallar solución a este conflicto, sin resolver el gran problema.

Los unos proclaman la fuerza, los otros la libertad. Así para los primeros los que abordan problemas sociales son criminales o locos. Y, no obstante, de Espartaco a Juan de Leyden y de éste a Bakounine, los que han visto el fondo de las cosas son los que han intentado resolver el problema social. Toda evolución política ha creado un orden social nuevo.

Sólo la Revolución del 93 ha dejado subsistir el antiguo; pero lo que ha de ser será, y de aquellos principios proclamados por la constituyente francesa los que sean vitales producirán por la misma lógica de las cosas el nuevo orden social que ha de venir a regirnos.



Es necesario que aquí hagamos notar una cosa, y es que, mientras el capital pueda acumularse en pocas manos, por un mal entendido principio de libertad individual, los Estados están perdidos, o mejor, en ellos el Hombre será víctima de la esclavitud y la miseria.

Todos los períodos que han precedido al hundimiento de las sociedades han presentado este fenómeno. El Estado se ha vuelto venal. El pobre, desesperado, ha odiado la Ley, de la misma manera que el rico opulento se ha burlado de ella.

Esparta sucumbió cuando todo el territorio estuvo en manos de cien familias. Roma cayó cuando hubo millones de proletarios enfrente de unos miles de propietarios que disponían de riquezas tan considerables que, como cuenta Craso, cada rico podía levantar y mantener un ejército.

En la Italia del Renacimiento pasó lo mismo. La libertad

del pueblo fué destruída por la oligarquía del dinero y por la indigencia del proletariado. En Florencia el banquero más rico acabó por llegar al poder absoluto, al tiempo que en Génova la Banca de San Jorge se tragó al Estado.

No es que queramos indicar que las grandes acumulaciones del capital no sean beneficiosas, pero no, perteneciendo a unos pocos. O el capital ha de pertenecer a todos, por la asociación, como ya hemos dicho, o se han de suprimir los medios de concentrarlo en pocas manos, y favorecer los medios de su división, al par que los de su acrecentamiento. Estas son las lineaciones bajo las cuales creemos que en el porvenir se resolverá el problema.

Barcelona, 1893.

Obras del autor

«La Mort et le Diable. — *Histoire et Filosophie des deux negations supremes.*—Reinwald.—París.—Otra edición en español, ilustrada por Apeles Mestres.—Dos volúmenes.—Cortezo y C.ª—Barcelona.—Edición económica. Granada y C.ª

Heregías. — *Estudios de crítica inductiva sobre asuntos españoles.*

La Exposición Universal de París, 1889. *Estudio crítico de cultura de la civilización moderna en el centenario de la Revolución Francesa.*

Literaturas malsanas. — Estudios de Patología literaria contemporánea.

Amigos y Maestros.—Contribución al estudio del espíritu humano a fines del siglo XIX.

El caso Clarín. — Polémica.

Inducciones.—Ensayos filosóficos y de critica.

Leyendas de Amor.

Historia de la Literatura. — Con grabados.

Ana María.—Novela histórica, del tiempo de la guerra de los segadores.

Cosas de España.—Dos ediciones.

Dones de cor. — Edición catalana de *El Poble Català.*

L'intelecte grech antich.—Edición catalana del «Avenç».

Pensant, sentint y rient.—Colección de estudios diversos, en catalán. Dos volúmenes.

Servet. Reforma contra Renacimiento-Calvinismo contra Humanismo.—Estudio histórico-crítico sobre el ilustrísimo descubridor de la circulación de la sangre, y su tiempo.

Pasión y muerte de Miguel Servet.— Novela histórica o historia novelesca.

Cerebraciones conscientes.

TRADUCCIONES

R. Abendroth.—**El Origen del Hombre.**
F. Nietszche.—**El Anticristo y la Moral ascética.**
Gustavo Flaubert. — **Las tentaciones de San Antonio.**

Obras completas de Cyrano de Bergerac.—Precedidas de un estudio sobre este interesante escritor.

Cuentos Indos.— Con un estudio prólogo sobre la literatura popular del Indostán.

TEATRO

Senyors de paper. — Drama en 3 actos de costumbres bancarias.—Biblioteca «Joventut».

El Capitán Proteo, o la toma de la Bastilla. — Melodrama heroico en 7 actos.

El señor Ministro. — Comedia dramática de costumbres políticas madrileñas, con la colaboración de H. Homedes, 3 actos y un prólogo.

Miguel Servet. — Drama heroico con melopeas y coros, 5 actos, (en castellano, en italiano y en catalán).

Amlet, de Shakespeare. — Traducción directa y arreglo a la escena castellana, 5 actos.

Los Espectros, de Ibsen.—Traducción directa, 3 actos.

Solness constructor, de Ibsen.—Traducción directa. En los archivos de la Compañía Guerrero-Mendoza.

Agencia d'informes comercials.— Disparate en un acto, en catalán. En castellano, con música.

El Patró Pere March.—Leyenda dramática en un acto.

Doctor Stumper. — Comedia filosófica, en catalán y en castellano.

Mister Schoffys.—Desventuras de un detective loco. Zarzuela bufa de gran espectáculo, música inglesa, en catalán y en castellano.

Amor, amor, etc., etc. — Disparate olímpico bufo, en un acto, en castellano, en colaborución de Miguel Flores.

Monólechs humorístics.

Monólechs extravagants.

Monólechs esboijerrats.

ÍNDICE

—